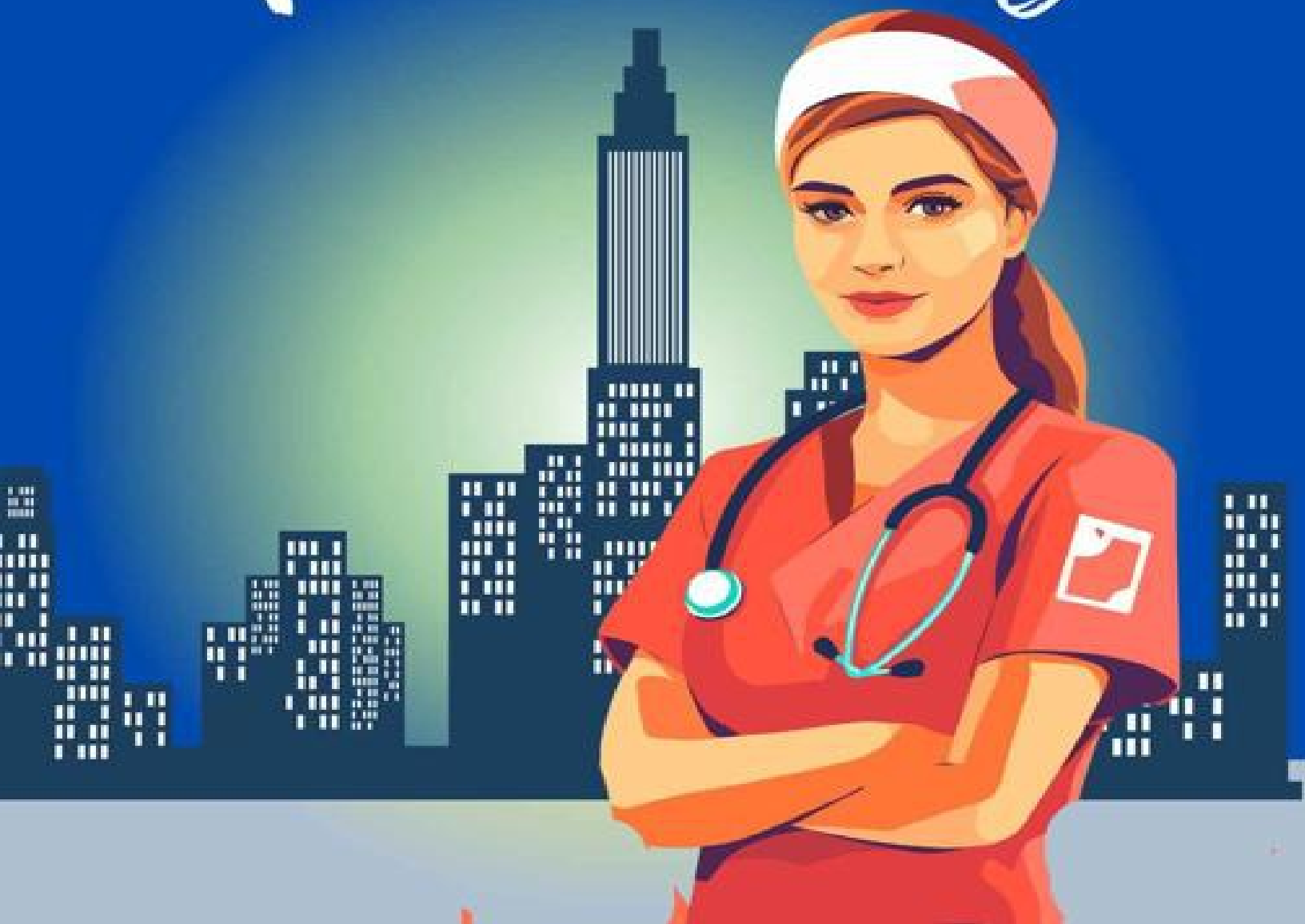
CLARA ANN SIMONS

Doctora Ramírez



Doctora Ramírez

Clara Ann Simons

Doctora Ramírez
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 02/07/2024 con el número 2407028461659

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1
Instagram: claraannsimons
Tiktok: @claraannsimons

Me gustaría agradecer la ayuda de Maysun Halah Bañón y Carmen Colorado Ferreira por su infinita paciencia mientras escribía este libro. Sin ellas, el resultado no habría sido el mismo.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Otros libros de la autora

Capítulo 1

Iris

La rodilla destrozada.

Su carrera profesional en la cuerda floja.

Reviso una y otra vez las imágenes de la resonancia magnética enviadas por su club y no hay duda sobre el alcance de la lesión.

No soy muy aficionada al fútbol, pero su reputación la precede. El talento legendario, su temperamento explosivo, el espíritu de lucha implacable que la llevó a lo más alto… ahora, todo pende de un hilo.

Respiro hondo y dejo escapar un bufido. Odio este tipo de casos. La prensa no tardará en enterarse de que Anna Forling está en el Watson Memorial y pronto tendré que dar explicaciones sobre su pronóstico y posible recuperación. El año pasado tuve que operar a un tenista de primer nivel y algunos de sus fans llegaron incluso a amenazarme si no volvía a competir.

—Buah, ¿has visto las imágenes? —pregunta Arya, dejándose caer en una de las sillas que hay frente a mi mesa de despacho.

—Esa rodilla pinta muy mal —reconozco con un suspiro.

—No, joder, de ella. Las imágenes de Google. Esa futbolista está súper buena… y soltera —añade, acercándome su teléfono móvil para que mire unas fotos.

Pongo los ojos en blanco y le devuelvo el teléfono casi sin mirarlo. Aun así, la foto que Arya ha elegido, con mi futura paciente en pantalón corto y sujetador deportivo, su cuerpo perfectamente tonificado en largas horas de gimnasio, es difícil de ignorar.

Y esa sonrisa… joder, qué sonrisa.

—Ahora mismo solo me interesa su rodilla —protesto.

—Y su mal genio, porque cuentan cada cosa de esa futbolista… —agrega la jefa de cirugía—. Menos mal que yo no tengo que tratar con ella.

Pronto, el nivel de ruido en el pasillo aumenta, me asomo a la puerta entreabierta y observo a una mujer rubia en silla de ruedas, rodeada de varias personas con cara de preocupación. Solo puede ser ella.

—¡Que empiece el espectáculo! —murmura Arya, frotándose las manos y dejando escapar una sonrisa enigmática—. Esto va a ser divertido.

Incluso sentada en una silla de ruedas, sin ni siquiera un atisbo de la sonrisa que suele exhibir en las fotos, Anna Forling desprende un aura de magnetismo. En el mismo instante en que nuestras miradas se cruzan, siento una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo.

Trata de mantener un aire desafiante, casi altivo, pero llevo mucho tiempo tratando lesiones de rodilla en atletas de primer nivel. Esos ojos reflejan el miedo de enfrentarse al posible final de sus sueños. Es un sentimiento que conozco demasiado bien: el terror de perder lo único que te define, la necesidad desesperada de aferrarte a tu identidad aun cuando ves que todo se desmorona a tu alrededor.

—Acabemos con esto de una vez —masculla, tomando una gran cantidad de aire en cuanto entra en el despacho.

—Tal como han diagnosticado los servicios médicos del club, se trata de una rotura

completa del ligamento cruzado anterior —le informo.

Anna hace un gesto de dolor al escuchar mis palabras. Conoce bien las consecuencias. Ha tenido la suerte de encontrarse con una larga carrera deportiva casi sin lesiones, pero esta, a su edad, puede ser devastadora. Sus ojos se entrecierran durante un instante y dejan ver un destello de algo a medio camino entre el miedo y la ira.

—Lo sabía —murmura, su voz justo por encima de un susurro—. Lo sentí estallar y luego, el dolor… —se interrumpe a sí misma, cerrando los ojos como si quisiese bloquear el recuerdo.

—¿Podrías explicarme cómo ocurrió? —inquiero, tratando de comprender mejor el alcance de su lesión.

Anna aprieta la mandíbula y cierra los puños antes de empezar a hablar.

—Fue una jugada rutinaria. He realizado ese regate miles de veces. Pero, esta vez, cuando apoyé el pie para cambiar de dirección, la rodilla… de pronto falló. Escuché una especie de chasquido, sentí el dolor que me recorría la pierna, la inestabilidad. En ese instante supe que algo iba muy mal —reconoce.

—El ligamento cruzado anterior es fundamental para estabilizar la articulación de la rodilla —le explico, señalando las imágenes de la resonancia magnética—. Para restablecer su función, no tenemos otro remedio que realizar una reconstrucción quirúrgica.

—¿Cuándo? —es lo único que pregunta.

—Por nuestra parte, lo ideal sería hacerlo lo antes posible.

—Mañana mismo —interrumpe, lanzando una mirada al jefe de los servicios médicos de su club.

—La doctora Ramírez es la mejor en este tipo de cirugías —explica el hombre, apoyando las manos sobre los hombros de la futbolista, como si quisiera darle ánimos.

Anna simplemente sonríe y asiente con la cabeza, aunque es fácil observar que toda esta situación le preocupa mucho.

—La cirugía en sí no es complicada —le explico para tranquilizarla—. Utilizaremos un injerto para sustituir el ligamento roto. Si en la artroscopia observamos que no hay daños adicionales en el menisco o los cartílagos, tardaríamos entre una y dos horas. En cualquier caso, utilizaremos anestesia general, así que estarás completamente dormida y sin dolor durante la operación.

—En resumen, te echas una siesta mientras la doctora Ramírez hace el trabajo duro —corta Arya—. Cuando te despiertes, la operación ya habrá terminado. Es como un día en el spa, pero no te pondremos pepinillos en los párpados —bromea.

Pongo los ojos en blanco, temiéndome lo peor, pero a Anna parece hacerle gracia. Al menos, agradece que el comentario de Arya haya rebajado la tensión.

—Dicho así, no suena tan mal —suspira—. ¿Y la recuperación?

Por experiencia, sé que esa es la parte que más asusta a todos los deportistas. En el fondo lo sabe bien. Estoy segura de que a lo largo de su carrera deportiva ha visto a varias de sus compañeras con la misma lesión y es consciente de lo largo que se hace ese proceso.

—Tenemos un excelente servicio de fisioterapia y recuperación deportiva que ayudará a acelerar tu regreso a la competición y ofrecer mayores garantías —le aseguro—. En cualquier caso, es algo largo y difícil, pero con un poco de suerte estarás lista para volver al campo a finales de temporada.

Mis palabras la tranquilizan y el primer atisbo de sonrisa desde que ha entrado en mi despacho se dibuja en sus labios.

—Las primeras semanas son las más difíciles —explico—. No podrás cargar peso sobre la rodilla. Las sesiones de fisioterapia empezarán casi de inmediato, centrándonos en ejercicios de amplitud de movimiento e iremos aumentando gradualmente la fuerza. Lo normal es que te recuperes por completo, aunque sé por experiencia que se te va a hacer pesado en algunos momentos.

—Estoy acostumbrada al sacrificio —bufa—. No soy una paciente normal.

Simplemente, sonrío y asiento con la cabeza. Prefiero no decirle que muchos deportistas de élite me han hecho ese mismo comentario y, cuanto mayor es el nivel, más pesada se hace la recuperación. Desean volver a la competición cuanto antes.

Capítulo 2

Iris

La sala de operaciones parece un avispero. Dormida por la anestesia, Anna Forling parece más pequeña y vulnerable bajo las duras luces. Ya no desprende ese magnetismo feroz que ejerce cuando te mira.

—La doctora “manos de seda” Ramírez lista para la acción —escucho tras de mí.

—Arya, ¿qué haces aquí? ¿No tenéis operaciones en cardio o los del Consejo de Administración te han pedido que controles a la VIP?

—Es culpa de la jodida gripe, no había nadie más disponible para echarte una mano. Eh, míralo desde el lado positivo, si le da un infarto y hay que colocar un stent de urgencia me tienes a mano —bromea, abriendo sus enormes ojos negros por encima de la mascarilla quirúrgica.

Una vez que el anestesista da el visto bueno, respiro hondo y realizo la primera incisión. A partir de ahí, es como si todo el resto del mundo desapareciese. Solo estoy yo, Anna y la intrincada danza de músculos, huesos y ligamentos bajo mis manos.

—Si no puede volver a jugar al fútbol, siempre podría ser modelo —susurra Arya, que ha estado inusualmente callada durante gran parte de la cirugía.

Meneo la cabeza y pongo los ojos en blanco ante su comentario, escondiendo una sonrisa detrás de mi mascarilla.

—Creía que íbamos a mantener la profesionalidad, Kumari —me quejo, tras colocar el injerto en la rodilla.

—Es que en cardiología no suelo operar a pacientes con unas piernas como esas —se disculpa con un guiño de ojo—. Pero, cuidado, que lo digo desde un punto de vista puramente estético—agrega, provocando la risa de dos internas que están presenciando la operación.

—Estoy segura de que a Patricia le encantará saber más sobre el punto de vista puramente estético de nuestra paciente.

—Maldita sea, Ramírez —protesta Arya—. Vaya manera de matar la diversión. Soy una mujer felizmente casada que, casualmente, tiene ojos en la cara y puede admirar a una mujer que está muy buena.

—Constantes vitales correctas —anuncia la enfermera principal, poniendo un poco de orden en la sala de operaciones.

El resto de la cirugía avanza sin problemas. Cada incisión, cada pasada de la aguja y el hilo, nos acerca más al objetivo final. A pesar de llevar ya muchos años de experiencia en el quirófano, no puedo dejar de maravillarme de la complejidad del cuerpo humano.

Por fin, tras lo que parece una eternidad y a la vez nada de tiempo, todo ha terminado. Me permito un pequeño suspiro de alivio, hemos hecho un trabajo de manual.

—Enhorabuena, si un día me reviento una rodilla ya sé a quién llamar —bromea Arya mientras salimos del quirófano.

Y mientras las enfermeras preparan a Anna para trasladarla a la sala de recuperación postoperatoria, echo un último vistazo y siento una extraña punzada en el pecho. No sabría explicarlo, pero quiero verla totalmente recuperada. No solo como cirujana, eso lo quiero

para todos mis pacientes, también como…

Meneo la cabeza y cierro los ojos, tratando de borrar esos pensamientos de mi mente. Es una paciente, y punto. Quizá una paciente compleja, fascinante y dolorosamente atractiva, pero tan solo una paciente.

—Tierra llamando a Iris —interrumpe Arya, pasando una mano abierta por delante de mi cara—. Venga, deja de ponerle ojitos a la futbolista y vamos a cambiarnos de ropa.

—No sé de dónde sacas eso de que le estaba poniendo ojitos —protesto.

—Recuerda mis palabras. Ahí hay algo…quizá cuando se recupere deberías pedirle una cita.

—Arya, no digas gilipolleces.

—Sabes que mi mujer era la madre de uno de mis pacientes, ¿verdad? —pregunta cuando llegamos al vestuario.

—Conozco la historia.

—Pues eso —insiste.

***

La euforia por el éxito de la cirugía se disipa unos días más tarde, sustituida por la fría y dura realidad del proceso de recuperación. Anna Forling es como una tigresa enjaulada, repleta de energía y agresividad que apenas puede contener debido a la frustración.

En parte lo entiendo. Lo he vivido con otros deportistas de élite, aunque quizá no con esta intensidad. Su propia identidad se basa en el talento y las proezas físicas. La perspectiva de una recuperación muy larga y hasta cierto punto incierta, tiene que ser aterradora.

—¡No tengo hambre! —chilla en el momento en que entro en su habitación.

La auxiliar de enfermería la observa petrificada, sin saber qué hacer con la bandeja de comida que acaba de traer.

—Ya me encargo yo —susurro con una sonrisa—. ¿Qué tiene de malo esta comida, Anna?

—¿Qué tiene de malo? ¿En serio quieres que te lo diga? ¿La has comido alguna vez? —inquiere, haciendo una mueca de desdén.

—Muchas veces. Es una dieta muy completa desde el punto de vista nutricional que te ayudará a recuperarte y no está nada mal de sabor. Un poco sosa, quizá, pero la sal no le viene bien a nuestros pacientes y siempre le puedes añadir un poco, que para eso te dejamos un sobrecito junto a la comida.

—¿Cuánto tiempo debo estar aquí? —inquiere con el gesto torcido.

—Vamos a ver, por poder, puedes irte a tu casa mañana mismo si quieres. Un paciente normal recibiría ya el alta médica. En tu caso, como deportista de alto rendimiento, los servicios médicos de tu club nos han pedido extender la estancia para asegurar que todo sale perfecto. Si no estás de acuerdo, háblalo con ellos —indico, empezando a estar un poco harta de su mal humor.

—Este sitio me agobia —se queja.

—Anna, sé que estás preocupada por tu futuro. Entiendo que estás llena de energía y que aquí dentro te marchitas porque piensas que no estás haciendo nada, pero quiero que entiendas que esa espera forma parte de tu recuperación. Sobre todo, no tienes que pagarla con la gente que solo intenta ayudarte.

—¡Joder! —chilla, cogiendo la bandeja de la comida y arrojándola con fuerza contra la pared—. Yo no quiero esto, solo quiero volver a jugar, es injusto. ¡Dejadme todos en paz! —agrega, tapándose la cara con la almohada.

—Pero ¿tú has oído una sola palabra de lo que te he dicho? —protesto enfadada—. Claro que no es justo. En la vida hay muchas cosas que no son justas, Anna. Deja ya de comportarte como una niña mimada y afronta la realidad como una mujer adulta. Sí, tienes una recuperación por delante de muchos meses, y eso te parecerá terrible, pero en este hospital muere gente todos los días, otros entran con enfermedades muy graves. Hay un montón de personas trabajando para que no solo vuelvas a los terrenos de juego, sino que lo hagas en las mejores condiciones. Basta ya de quejarte de tu mala suerte y de tratar mal a los demás.

—Pero…

—No, ¡escúchame! —la corto, levantando una mano—. Sé que estás acostumbrada a ser una estrella, a ser admirada, a que otros hagan todo lo que tú dices. Pero, ahora tienes que ser paciente y dejarnos hacer nuestro trabajo y tú debes concentrarte en hacer el tuyo, que es colaborar y mejorar día a día. Por supuesto que es un proceso largo, eso lo entiendo, he realizado muchas veces esa cirugía. Y coger berrinches como una niña pequeña no conseguirá que vuelvas antes a los terrenos de juego —bufo, girando sobre los talones para abandonar la habitación con un pequeño portazo. Esta mujer va a acabar conmigo.

Capítulo 3

Anna

Dolor.

Ese ha sido mi compañero constante durante estas dos últimas semanas en las que he empezado la rehabilitación. Un dolor lacerante e implacable, que parece que quiere devorarme por dentro.

Aprieto los dientes e intento respirar hondo mientras el fisioterapeuta manipula mi rodilla y cada uno de sus movimientos me produce una nueva sacudida de agonía.

—¡Joder! —protesto cuando una punzada especialmente violenta recorre mi rodilla.

—Tranquila —susurra Iris apretando uno de mis hombros—. Sé que duele, pero tenemos que acelerar la recuperación si quieres volver a los terrenos de juego antes de que se acabe la temporada.

Pongo los ojos en blanco, expulsando una gran cantidad de aire mientras me seco unas gotas de sudor que resbalan por mi frente.

—Para ti es fácil decirlo, es a mí a quien están torturando —bromeo.

—Pero luego soy yo la que tiene que aguantarte en la consulta de por la tarde —rebate la doctora con un guiño de ojo.

Se me escapa una sonrisa tonta que empieza a preocuparme. No es la primera vez ni la segunda que me ocurre. Con demasiada frecuencia, me sorprendo a mí misma sonriendo con cualquiera de sus comentarios.

Una vez que abandoné la planta del hospital, los servicios médicos del club y la doctora Ramírez pensaron que lo mejor para mí sería pasar un par de semanas en un centro de rehabilitación que tienen dentro de las propias instalaciones. Debo reconocer que es casi como un hotel de cinco estrellas solo que con médicos, enfermeras y fisioterapeutas por todos los lados. Las instalaciones son excelentes y evitan que deba desplazarme todos los días desde mi casa y vuelta. El hospital cobra una barbaridad por esa comodidad, pero, por suerte, lo paga el club.

En la habitación de al lado, tengo de vecino a un tenista famoso que pasa demasiado tiempo discutiendo con su novia o jugando a la Play y al final del pasillo a una jugadora de baloncesto con la que coincidí en los últimos Juegos Olímpicos. Al resto de los pocos pacientes que se hospedan aquí de manera temporal apenas les veo.

Invariablemente, la mejor parte del día es la visita de la doctora Ramírez por las tardes, aunque siempre que su horario se lo permite le gusta pasarse también por la mañana para controlar mis sesiones de rehabilitación.

Esa mujer tiene algo. No estoy segura de lo que es, supongo que todo en conjunto. Es inteligente, simpática, no me trata como a una superestrella sino como a una paciente más. Me encanta su sonrisa… y su culo.

—¡Mierda! —chillo al sentir una nueva punzada de dolor.

Me llevo ambas manos a la cabeza en un gesto de frustración. Estoy acostumbrada a tener el control, a llevar mi cuerpo al límite y más allá sin ninguna consecuencia. En toda mi carrera deportiva apenas he tenido lesiones que supusiesen un parón de más de un par de semanas. Y ahora… joder, ahora me siento tan indefensa como un bebé recién nacido. Es

algo casi humillante y sé que irá a peor.

Siempre he tenido un carácter difícil. Al menos, eso es lo que me dicen todos. Supongo que la ira me resulta familiar, cómoda. Desde pequeña es un escudo tras el que me escondo para que mi timidez no me haga parecer vulnerable. Pero estos días arremeto contra todo el mundo: los terapeutas, las enfermeras, incluso un par de veces he gritado a Iris, que no sé cómo me sigue sonriendo cada vez que hablamos.

Y es que estoy aterrorizada. El fútbol es lo único que he conocido. Lo es todo para mí, lo único que se me ha dado bien en toda mi vida. Sin el fútbol… ¿quién coño soy? Ni siquiera yo misma lo sé. Es mi identidad. Siempre me negué a pensar qué pasaría el día que cuelgue las botas y no vuelva a pisar un terreno de juego. Ahora, la sola posibilidad de que ese momento se adelante me llena de miedo.

Por la noche, en mi habitación, cuando estoy sola, quiero gritar. O llorar. O atravesar la pared de un puñetazo. Es horrible. Miles de horas de entrenamiento y, de pronto, todo se acaba.

Y ahí está su sonrisa de nuevo. Esa sonrisa que consigue hacerme temblar y ni siquiera se da cuenta de ello.

—Eh, no tienes que pasar por todo esto sola, Anna —susurra, colocando detrás de mi oreja un mechón de pelo que me tapaba la cara—. Estoy aquí para ayudarte. Todos lo estamos —asegura.

—¿Y si no consigo volver a jugar? —pregunto cuando la fisioterapeuta se separa de nosotras.

Es la primera vez que expreso ese miedo en voz alta y casi puedo ver cómo la pregunta flota en el aire. Iris me acaricia el brazo con suavidad y se inclina para mirarme a los ojos.

—No sé hacer otra cosa —admito con un hilo de voz.

—Eso no va a ocurrir, Anna —responde simplemente y mis ojos se sienten demasiado atraídos hacia esos labios semiabiertos—. Vamos paso a paso. Eres una guerrera, una mujer acostumbrada a luchar. Lo conseguirás. Y yo estaré aquí contigo, acompañándote en cada paso del camino —me recuerda con un guiño de ojo.

Asiento lentamente con la cabeza, incapaz de confiar en mí misma lo suficiente como para hablar o rebatir. Y, de pronto, Iris se inclina un poco más para acariciar mi mejilla y mi corazón se salta varios latidos.

La semana transcurre entre el dolor y el progreso. Frustración y pequeñas victorias a partes iguales. Iris se pasa cada día para supervisar mi terapia. Me empuja y me presiona cuando lo necesito, pero también escucha mis miedos y preocupaciones. Cosas que le he confesado a muy poca gente. A veces, se queda un rato más, solo para charlar y hablamos de todo y de nada. De sus sesiones de locos en el hospital, de mi infancia en uno de los peores barrios de Nueva York y de cómo los niños no querían que una niña jugase al fútbol con ellos. De nuestra extraña afición a los *reality shows* más ridículos de la televisión o a comer helados de chocolate.

No comprendo el motivo, pero me abro a ella en un modo en que jamás había hecho con nadie. Le confieso la presión que siempre he sentido, el peso de las expectativas. Al principio de mi familia, cuando veían en mi talento para el fútbol el modo de salir de la pobreza. Luego de mi equipo, de los fans, de todo el jodido mundo. Le hablo de mi constante miedo al fracaso, a no ser lo suficientemente buena.

—No sé quién soy sin el fútbol —confieso una tarde, enredando en mi dedo índice un hilo suelto de la manta—. Ha sido toda mi vida durante tanto tiempo que se ha convertido

en mi identidad.

—El fútbol es lo que haces, no quién eres —responde—. Es una parte importante de tu vida, pero no la suma total de ella. Piensa una cosa, si mañana te despertases y el fútbol no existiese, ¿dejarías de ser Anna? Todo lo que eres, las cosas que te hacen única, el dolor en tu rodilla, ¿desaparecerían?

—No.

—Claro que no. Seguirías siendo la misma persona. Divertida, incluso sin quererlo. Dulce en cuanto te quitas esa armadura imaginaria que te empeñas en llevar puesta para que nadie llegue a conocerte de verdad. El fútbol te ha formado, puede que te haya moldeado, físicamente y como persona. Pero no te ha creado. Lo que eres, lo has hecho tú sola. Seguirías siendo una mujer increíble y valiente que lucharía por lo que quiere.

—¿Lo dices en serio? —inquiero, dejando escapar un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Totalmente en serio —responde.

Y en ese instante soy plenamente consciente de lo cerca que estamos sentadas. Percibo el calor de su cuerpo y un cosquilleo se apodera de la parte baja de mi vientre. Iris parece darse cuenta y su mirada se detiene en mis labios.

—Anna —sisea, acariciando mi mejilla con el reverso de la mano.

Cierro los ojos, dejo escapar un ligero suspiro y espero nerviosa un beso que nunca llega, porque el toqueteo de unos nudillos sobre la puerta rompe la magia.

Iris se levanta de un salto. Se aclara la garganta y alisa la tela de la bata con la palma de las manos. Puedo observar el rubor en sus mejillas cuando entra la enfermera, el modo en que sus manos tiemblan ligeramente al recoger sus cosas.

—Debo irme —anuncia—. Todo está progresando de manera muy satisfactoria, señorita Forling—agrega, abandonando a toda prisa la habitación y dejándome con un extraño vacío.

Capítulo 4

Anna

Al día siguiente, las cosas son… incómodas por llamarlas de algún modo. Iris se muestra tan profesional como siempre, pero marca una distancia demasiado clara entre nosotras, una especie de cautela que antes no estaba presente. Mantiene cualquier interacción estrictamente centrada en mi terapia. No más conversaciones casuales, no más pequeñas confesiones o esas disimuladas caricias en la parte baja de mi espalda que conseguían hacerme temblar.

Es como si hubiese levantado un muro entre nosotras.

Y lo odio.

De cuando en cuando, intento romperlo. Hago bromas o busco un mayor contacto con ella, pero se limita a sonreír amablemente o a cambiar de tema.

Es frustrante.

Muy frustrante.

Sobre todo, porque no consigo sacar de mi cabeza la manera en que me miró el día anterior antes de marcharse, como si quisiera devorarme entera.

Y, ahora que no me hace caso, comienzo a darme cuenta de que me siento muy atraída por esta mujer. Supuse que ella sentía lo mismo. ¿Pero, ahora? Ahora ya no estoy tan segura.

Para mí es algo nuevo. La prensa dice de mí que soy una rompecorazones, que puedo seducir a cualquier mujer. La realidad es muy distinta. Yo no hago nada, me seducen a mí. Estoy acostumbrada a que vengan a ligar conmigo, aunque sea por las razones equivocadas y acaben haciéndome daño. Casi siempre buscan algo; un estilo de vida, dejarse ver por las discotecas de moda o en las fiestas VIP. Regalos, contactos… o simplemente contar a sus amigas que se han ido a la cama con una futbolista famosa.

Y cuando casi es la hora de comer y estamos acabando la sesión de fisioterapia, todo estalla. El ejercicio es agotador, mi rodilla grita con cada flexión. Hoy me están presionando más de lo habitual y el hecho de que Iris no me haga caso me pone de muy mal humor.

—Vamos, necesito cinco repeticiones más —insiste la fisioterapeuta.

—No puedo —gruño.

—¡Claro que puedes! No te estás esforzando.

—¡Te he dicho que no puedo, joder! —grito, pegando un manotazo sobre la camilla.

La fisioterapeuta levanta las manos, retrocede a trompicones con un gesto entre sorpresa y decepción, y abandona la sala.

—¿Qué coño ha sido eso? —protesta Iris, colocándose frente a mí para clavarme la mirada.

—Anda, ¿ahora ya quieres hablar conmigo? ¿Después de ignorarme toda la puta mañana? —ladro, intentando ponerme de pie y apartando los ojos.

—No te he ignorado en ningún momento, Anna —se defiende, cogiéndome por el codo para que me detenga y me vuelva a sentar en la camilla—. Te he tratado del modo que debo hacerlo, de una manera profesional.

—¡Y una mierda! —chillo—. Has estado distante y lo sabes perfectamente, nada que ver

con ayer por la tarde…

Hago una pausa, me interrumpo a mí misma. Quizá estoy imaginando cosas que no son.

—No lo hagas, Anna —suspira y su mirada se torna triste—. No vayas por ahí.

Por unas décimas de segundo quiero detenerme. Sus ojos me dicen que ni siquiera debo mencionarlo, pero no logro contenerme. Semanas de dolor, frustración y miedo a no volver a competir brotan en mí como un auténtico torrente de emociones. Me hacen perder el control.

—¿Por qué no? ¿No puedo hablar de cómo ayer casi me besas? ¿No puedo mencionar que me mirabas como si me estuvieses follando con los ojos? ¿O se supone que tenemos que fingir que eso jamás ocurrió?

Mi respiración se acelera. Su expresión cambia. Es extraña, no sabría definirla. ¿Miedo? ¿Una gran decepción? ¿Algo intermedio entre ambas cosas? Me arrepiento de inmediato de haber hablado, cuando pierdo el control soy una jodida bocazas.

—Fue un error —admite con un hilo de voz—. Un momento de debilidad. No volverá a ocurrir.

Sus palabras me golpean como una tonelada de ladrillos. Un error. Claro, por supuesto.

—Anna, yo no…

—¡Olvídalo, joder! —gruño, aferrando con fuerza mis muletas para escapar de la sala de recuperación cuanto antes.

—Anna, espera, por favor.

Pero su voz ya no es más que un eco lejano. Cierro con un portazo que resuena en todo el pasillo. Arriesgando caerme, llego a mi habitación como un huracán de pura adrenalina y me desplomo sobre la cama en cuanto la puerta se cierra tras de mí.

Y entonces, por primera vez desde el día de la lesión, me rompo. Dejo escapar todo lo que llevo dentro, toda la tensión que estaba reteniendo. Lágrimas saladas ruedan por mis mejillas y empapan la almohada.

Lloro.

Lloro por mi rodilla, por esos jodidos ligamentos cruzados que no han podido aguantar un par de años o tres más hasta que me retirase. Por mis sueños que ahora se desvanecen. Por el miedo a que el fútbol se acabe para siempre, por la frustración de no saber qué hacer con mi vida, de perder mi propia identidad.

Y lloro por Iris. Porque ayer por la noche fui una idiota que se permitió soñar un futuro entre nosotras cuando ni siquiera nos conocemos.

Siempre me pasa igual. No puedo ser más estúpida.

Capítulo 5

Iris

—Anda, mira quién decide honrarnos con su presencia —bromea Arya en cuanto me acerco.

Está sentada en su mesa habitual, devorando un *bagel* con queso fundido y ojeando una revista médica.

—¿Qué tal van las cosas con la futbolista buenorra?

—No empieces, bastante tengo con todo este lío en mi cabeza —protesto, poniendo los ojos en blanco mientras me siento a su lado.

—Así que lío, ¿eh? Cuéntame más, quiero saberlo todo —insiste, inclinándose hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

Meneo la cabeza, decidiendo si debo confesar lo que estoy sintiendo, pero necesito hablar con alguien y Arya es de fiar. Además, no parará hasta que se lo cuente.

—Creo que… —hago una pausa, me detengo tratando de ordenar las palabras o de reunir el suficiente valor para que salgan de mi boca—. Creo que empiezo a sentir algo por Anna Forling —confieso con un hilo de voz.

—¡Lo sabía! ¡Joder, lo sabía! Lo supe desde el primer día —anuncia simulando un pequeño baile—. Buah, es que se veía venir desde la distancia. Esas miraditas, esa tensión como si quisieses quitarle la ropa con los dientes.

—¿Quieres bajar la voz? —protesto, mirando alrededor—. Se va a enterar todo el hospital.

—¿De qué se va a enterar todo el hospital? —inquiere Rachel, sentándose a nuestra mesa con una enorme taza de café y un sándwich de queso.

—Iris está colada por su paciente estrella —suelta Arya sin pensárselo dos veces.

—Yo no he dicho en ningún momento que esté colada por ella, solo admití que quizá empiezo a sentir algo —me quejo—. Rachel, por el amor del cielo, no puedes decir nada de esto.

—Aquí, la doctora Harris pasó por lo mismo, así que no dirá nada. Bueno, lo de ella fue mucho más perturbador porque su paciente al principio estaba en coma. Daba un poco de yuyu, pero luego todo salió bien —bromea Arya.

—¿Natalie fue tu paciente?

—Sí, bueno, no hagas caso a Arya, ya sabes cómo es. No tuvimos nada hasta que salió del hospital —explica Rachel, levantando las manos.

—Ya, ya… nada, nada… no exactamente —interrumpe Arya—. Pero bueno, centrémonos en lo importante. ¿Estás segura de que son sentimientos reales y no es algún tipo de admiración porque es una futbolista famosa?

—Me importa una mierda que sea famosa. Es… no lo sé, hay algo en ella que me atrae como un imán. No sabría explicar exactamente lo que es. Supongo que un conjunto de cosas.

—O que llevas mucho tiempo sin follar y ella está muy buena.

—Tú eres gilipollas, Arya —protesto—. Estás todo el día igual. Parece que nunca abandonaste el instituto.

—Pues será el agua que sirven en la cafetería —bufa, encogiéndose de hombros.

—En serio, ¿qué se supone que debo hacer? Anna es mi paciente y hay mil reglas en contra de eso. Y con razón. Si tuviese que volver a operarla ahora mismo, creo que me pondría bastante nerviosa. Puedo tomar decisiones equivocadas si no mantengo la cabeza totalmente fría.

—Ah, las reglas, las reglas. Las reglas están para romperse, este sitio tiene demasiadas de todos modos.

—Tómate tu tiempo, Iris —corta Rachel, chasqueando la lengua para que Arya no siga hablando—. No te precipites. No le queda mucho tiempo hasta que deje de ser tu paciente, ¿no? Pasa más tiempo con ella, conócela mejor y si ves que las cosas pueden funcionar entre vosotras, pues adelante. Inténtalo.

—Sí, pero que tampoco se duerma, que la futbolista tendrá sus necesidades. A ver si nada más salir de aquí se va a buscar a otra —apunta Arya alzando las cejas.

Le doy un pequeño puñetazo en el hombro y pronto, la conversación camina hacia otros temas. Arya comienza a relatar cómo uno de los robots de cirugía, al que ha apodado *Terminator*, parece tener vida propia cuando recibo una llamada.

—Doctora Ramírez —respondo, tratando de mantener un tono profesional a pesar de observar que se trata de una llamada del centro de rehabilitación adscrito al hospital.

—Siento molestarla, doctora —escucho al otro lado de la línea—. El caso es que la señorita Forling está creando algunos problemas. Se niega a colaborar, alegando que siente un dolor muy fuerte en la rodilla. Insiste en hablar con usted.

Dejo escapar un largo suspiro mientras masajeo mis sienes. Tal como estaba ayer por la tarde, debí suponer que Anna no se lo pondría fácil a nadie, ni siquiera a ella misma.

—Voy ahora mismo —respondo, cortando la llamada.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta Rachel, alzando las cejas.

—Al parecer, Anna está siendo un poco difícil. Debo ir a lidiar con ella —explico.

—Esa mujer necesita quemar energía y sé la manera perfecta, pero yo prefiero no decir nada más —bromea Arya abriendo las manos mientras abandono la mesa.

Veinte minutos más tarde, entro en la habitación de Anna en el centro de rehabilitación, preparándome mentalmente para la tormenta que se avecina. Me la encuentro tumbada en la cama, los brazos cruzados sobre el pecho, con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes que deja ver unos hombros preciosos.

—Doctora Ramírez, ¡qué sorpresa! —saluda con sarcasmo.

—¿Se puede saber qué pasa ahora?

—Hoy no has venido a verme —suelta chasqueando la lengua.

—Tengo más pacientes, Anna. Gente que quiere mejorar y que no se comporta como si fuese una niña caprichosa. Sé que esto tiene que ser muy frustrante para ti, estás acostumbrada a la acción, a que todo salga bien, pero necesitas poner de tu parte para recuperarte. Nosotros no podemos hacer milagros.

—¿De verdad importa? Jamás podré estar a mi mejor nivel. Los años van pasando y esta lesión ha sido la puntilla que acabará con mi carrera deportiva. ¿Merece la pena que me recupere para ver los partidos desde el banquillo?

Su voz se quiebra al pronunciar esas últimas palabras y se me forma un nudo en la garganta. Bajo su armadura hay miedo y vulnerabilidad a raudales. Teme perderlo todo, no ser nada sin el fútbol. Es un sentimiento que entiendo demasiado bien.

—Anna, escúchame —susurro, sentándome junto a ella en la cama—. Sé por lo que estás

pasando y es lógico que estés tanto frustrada como asustada.

—No tienes ni puta idea de lo que estoy pasando —espeta, apartando la mirada.

—Puede que yo no haya sido una deportista famosa como tú, pero antes de dedicarme a la medicina, mientras estaba en la universidad, corría triatlones. Quedaban unos meses para los Juegos Olímpicos y me habían convocado para unas pruebas en las que se decidiría el equipo nacional. Recuerdo que ese día llovía, forcé en una bajada prolongada con la bicicleta y perdí el control. El resultado fue una fractura tanto del platillo tibial como del fémur distal.

—Joder —suspira.

—Sí, eso mismo dije yo, y eso que no conocía la gravedad de la lesión en aquel momento. Ya no hubo Juegos Olímpicos, ni regreso a la competición. Mi carrera deportiva se acabó para siempre y desde entonces me dedico a arreglar las rodillas de los demás. Así que… sí, sé más o menos por lo que estás pasando porque te puedo asegurar que lloré y lloré. Lloré cada día hasta que ya no me quedaron más lágrimas. De golpe, todos mis sueños desaparecieron y tuve que recuperarme e iniciar una nueva vida —explico.

—Tuvo que haber sido jodido —sisea.

—Mucho, pero, préstame atención —le digo, cogiendo su barbilla entre los dedos para que me mire—. Sé que estás asustada aunque intentes disimularlo. Sé que la idea de un futuro sin el fútbol es aterradora. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte a volver en plena forma. Volverás antes de que acabe la temporada, ¿vale? Aunque tienes que poner de tu parte —agrego con un guiño de ojo.

Anna me mira fijamente, sus ojos buscan los míos como si estuviese tratando de evaluar la sinceridad de mis palabras. Para mi sorpresa, una lágrima solitaria que trata de esconder se desliza por su mejilla.

—No sé quién soy sin el fútbol —admite con un soplido.

—Eres Anna Forling —respondo, apretando su mano—. Una luchadora, una superviviente. Mucho más fuerte de lo que crees ser. Y yo estaré contigo a cada paso… si me dejas.

Al escuchar mis palabras, muerde el labio inferior y entorna los ojos. En sus labios se dibuja una sonrisa preciosa y en ese instante, sé que estoy perdida. Estoy cayendo, rápido y duro, sin red de seguridad.

—¿Puedo proponerte una cosa? —pregunto con miedo.

—¿Es algo sexual? —bromea, poniéndome muy nerviosa.

—¡Qué tonta eres! Creo que te ayudaría a mejorar.

—Tú dirás.

—Tu cuerpo se curará, pero… —dudo unos instantes, eligiendo las palabras con cuidado —. Tu mente también necesita curarse, Anna, y es tan importante como la parte física, incluso más. Como deportista de élite lo sabes muy bien.

—¿Qué quieres decir?

—Recibimos a muchos deportistas de primer nivel, así que nuestros servicios incluyen también a un psicólogo deportivo especializado en tratar con este tipo de temas, el doctor Nightman. Ha trabajado con muchos atletas de élite, ayudándoles a superar bloqueos mentales y a volver a la competición y…

—Ya tenemos un psicólogo deportivo en mi club y no lo uso —me interrumpe—. No quiero a nadie hurgando en mi cabeza.

—Imagino que te es muy difícil abrirte a alguien, aunque sea un profesional, pero puedes

confiar plenamente en él. Se trata de darte todas las herramientas posibles para ayudar con tu recuperación. Anna, cuando una mujer se rompe, empieza en la mente antes de llegar al cuerpo. Déjame ayudarte —insisto, sorprendiéndome a mí misma mientras acaricio su pómulo con el dedo pulgar.

—Puf, está bien, hablaré con él, pero no te prometo nada —suspira, inclinando instintivamente la cara hacia mi mano.

No puedo evitar sonreír.

—Eso es todo lo que te pido —susurro, haciendo un esfuerzo titánico para no continuar acariciando su mejilla.

Capítulo 6

Anna

Mi mirada se detiene en el pomo de la puerta mientras el corazón me late con la misma fuerza que antes de un partido decisivo. Sin embargo, esta vez no hay ningún estadio lleno de gente coreando nuestro nombre, es tan solo una oficina. Y el rival al que debo vencer no es ningún equipo de fútbol, es mi jodida mente. La misma que me atormenta desde que era una adolescente.

Respiro hondo y cierro los ojos, tiro tres veces de la camiseta hacia abajo para romper el bucle, como me enseñaron. Intento concentrarme como antes de los partidos, pero es más difícil sin el rugido del público, sin el olor a la hierba recién regada o la sensación del balón en los pies.

—¿Anna? —la voz del doctor Nightman me saca de mis pensamientos, devolviéndome a la realidad. Me clava esos pequeños ojos azules, desconcertantemente perspicaces—. ¿Dónde te has ido?

—¿Qué?

—Tu cuerpo estaba aquí, pero tu mente no —aclara.

—No, no —me disculpo—. Es solo que… no sé, estaba pensando en…cosas.

—En cosas… ya veo. Bueno, ¿por qué no hablamos de esas cosas? —propone, dibujando unas comillas en el aire al pronunciar esa última palabra.

Echo un rápido vistazo a la silla de ruedas en la que la enfermera me trajo hasta el despacho y me pregunto si sabré manejarla con la suficiente velocidad como para escapar de aquí sin que el psicólogo me atrape. Pero luego pienso en Iris, en la esperanza que tiene en estas sesiones. Cierro momentáneamente los ojos y se me dibuja una pequeña sonrisa en los labios.

—Háblame de tu lesión —sugiere el doctor Nightman, tamboreando con la punta del bolígrafo sobre su bloc de notas—. No me refiero a los detalles físicos, sino, sobre todo, a cómo te está afectando emocionalmente.

Me remuevo en la silla de ruedas, que cruje bajo mi peso, y dejo escapar un largo soplido antes de empezar a hablar.

—Es una mierda —admito sin rodeos—. No puedo jugar, no puedo entrenar, no puedo hacer nada de lo que me gusta. Es como si me hubiesen arrancado una parte de mí.

—Así que se podría decir que tu identidad está muy ligada a tu papel como futbolista de primer nivel —asiente, garabateando algo en su bloc.

—Sí, claro que sí. El fútbol es mi vida, es lo que hago desde que era una niña. Sin él… sin él no soy nada… no sé quién soy —confieso bajando la voz y sintiendo una punzada de dolor al escuchar mis propias palabras.

—Y eso te asusta.

No es una pregunta, es una afirmación rotunda.

—Me aterroriza —suspiro, asintiendo lentamente con la cabeza.

Poco a poco, consigue que me vaya abriendo más, algo que tiene su mérito, porque odio contarle a la gente cómo me siento. Nunca he sabido abrirme a los demás. No es nada personal, simplemente no sé. Soy demasiado torpe en esa faceta y muchas veces doy la

imagen de una persona engreída y arrogante cuando solamente soy tímida.

Hablamos sobre mis miedos, mis dudas, la incansable y molesta vocecilla en mi interior que me repite una y otra vez que no volveré a ser la misma, que mi carrera deportiva se ha acabado. Y, por mucho que odie admitirlo, sienta bien hablar de ello, confesar mis miedos en voz alta, dar voz a los pensamientos negativos que se han estado arremolinando en mi mente durante semanas. Iris tenía razón, este hombre sabe lo que hace.

Hasta que hace una pregunta que no me esperaba, pero que me descoloca y me pone a la defensiva.

—Has mencionado un montón de veces a la doctora Iris Ramírez, no sé si te has dado cuenta de ello —apunta, mirándome por encima de sus gafas de pasta—. ¿Consideras que es una parte importante en tu proceso de recuperación?

Mierda. ¿Qué quiere decir? Parece una pregunta inocente, pero estoy segura de que implica algo más.

—Es mi cirujana, por supuesto que es una parte importante en mi proceso de recuperación —espeto algo más fría de la cuenta.

—Sí, claro, sin duda alguna. Pero, ya está, la parte fundamental fue la cirugía en sí y eso ya pasó. Ahora sería lógico que hablases más de tus fisioterapeutas, de tus compañeras de equipo, de tus amigas. No sé, simplemente me parece raro que continúes nombrando a la doctora Ramírez y no a esas personas. Además…

—No sé qué insinúa con eso —interrumpo molesta, quizá con una actitud pasivo agresiva que debería saber controlar.

—No insinúo nada, Anna —se disculpa de manera educada, alzando las manos, como indicando que no quiere discutir—. Solo observo, y tu mirada se ilumina cuando hablas de ella. Por eso supongo que consideras que es muy importante en tu proceso de recuperación.

—Me está apoyando mucho, eso es todo —me defiendo, aunque noto que se me pone roja hasta la punta de las orejas.

Desvío la mirada para no encontrarme con la suya, como si acabase de descubrir que los diplomas que cuelgan de la pared son lo más fascinante del mundo.

El doctor Nightman tararea una vieja canción, anotando algo en su bloc de notas, que debe estar lleno a estas alturas. Me pregunto si tiene uno para cada paciente o si luego lo pasa a limpio en el ordenador.

—La doctora Ramírez es la persona que trata mi rodilla. Fin de la historia —aclaro, sorprendiéndome a mí misma por la rotundidad de mi tono.

El psicólogo me mira confuso, aunque juraría que en sus labios se dibuja una extraña sonrisa. Quizá son imaginaciones mías.

—Te pido disculpas si te ha molestado la pregunta. Solo pretendo ayudarte con la recuperación.

—Pues entonces, igual que la doctora Ramírez —espeto, cambiando inmediatamente el rumbo de la conversación hacia un terreno más seguro emocionalmente.

De pronto, las sesiones con el psicólogo deportivo del hospital ya no me parecen tan buena idea y miro una y otra vez el reloj de la pared, deseando salir de este despacho cuanto antes.

Solo quiero alejarme del doctor Nightman, porque, se haya dado cuenta o no, lo que siento por Iris Ramírez es de todo menos profesional.

Al regresar a mi habitación, me dejo caer sobre la cama y mi mirada se desvía a la ventana. Está atardeciendo. Me la imagino saliendo del trabajo, viviendo su vida. Quizá

cenando con amigos o acurrucada en un sofá leyendo un libro. Me pregunto si tiene pareja, o si la busca.

Y me imagino junto a ella, preparando algo de comer en su cocina, o viendo juntas algún programa de televisión. Quizá simplemente paseando por el monte o tomando el sol en alguna playa. Cosas sencillas que me parecen lujos imposibles.

¿Qué puedo ofrecerle? Sí, vale, cada noche que salgo con el equipo puedo elegir entre varias mujeres para llevarme a la cama. Pero no se van con Anna Forling, la persona, sino con Anna Forling la estrella del fútbol. Tienen curiosidad, buscan su minuto de fama, que las invite a algo… vete tú a saber. Casi siempre quieren algo, ha sido así desde que me hice profesional.

Pero ¿Iris? Ella es diferente. Joder, es una cirujana de prestigio, yo ni siquiera he terminado el instituto. Es brillante, inteligente. Por mucho que las jugadoras de mi equipo nos creamos especiales, nuestro talento está solamente en el campo.

Fuera de él, somos muy distintas. Esa Anna Forling sin miedos, la que está dispuesta a comerse el mundo en cada partido, no existe fuera de los terrenos de juego. Cuando me quito las botas y la camiseta no soy más que Anna: tímida e insegura, llena de miedos. Vulnerable, alguien que no sabe confiar en los demás. Sin verdaderas amigas.

No me atrevería ni a invitarla a cenar, así que, supongo que es algo bueno que ella sea mi doctora y yo su paciente. Hay ciertas líneas que no se pueden cruzar… y es mejor así.

Pero, desde que estoy en este sitio, cada noche, cuando el hospital está tranquilo y todos duermen, esos sentimientos regresan a mi mente.

¿Y si fuese diferente? ¿Y si pudiese hacerla reír, si se sintiese viva y feliz a mi lado?

Capítulo 7

Anna

Las luces fluorescentes que parpadean en el techo proyectan un brillo casi siniestro sobre las paredes de la sala de rehabilitación. Hago una mueca de impaciencia, la rodilla palpita en señal de protesta mientras me muevo inquieta en el banco acolchado. Hoy es el gran día. Si todo sale bien, podré irme a mi casa y seguir la rehabilitación desde allí.

Iris me observa con esa mirada intensa que parece que puede ver directamente dentro de mi cabeza. Ha sido un detalle venir a apoyarme en su día libre. Ha cambiado su bata de hospital por unos pantalones vaqueros ajustados y una blusa blanca y… joder, ojalá pudiese verla así vestida más a menudo.

—¿Estás lista? —pregunta Michelle, la fisioterapeuta que trabaja con mi rodilla desde el día que empecé con la recuperación.

Respiro hondo, dejando escapar una gran cantidad de aire y asiento lentamente con la cabeza. A continuación, me enseña el ejercicio que debo hacer y mis ojos se abren como platos. Creo que ni siquiera sin la lesión sería fácil realizar esa rutina.

—Tu turno —anuncia, dando un par de pasos hacia atrás para dejarme espacio.

—Puedo hacerlo —mascullo entre dientes—. Soy la jodida Anna Forling, una mierda de lesión de rodilla no me va a detener.

Excepto… que me detiene.

En cuanto apoyo el peso en la pierna mala e inicio el movimiento, me atraviesa una punzada de dolor como si fuese un rayo. Mi rodilla cede, tropiezo y estoy a punto de caer al suelo, de no ser porque Michelle me sujeta.

—¡Joder! —chillo enfadada—. ¿Qué sentido tiene hacer la mierda esa de movimiento? Es totalmente antinatural, en ningún deporte que conozca hay que realizar una torsión de ese modo. No veo cómo va a demostrar si he mejorado o no.

—Está bien —indica la fisioterapeuta, alzando las manos—. Vamos a hacer una prueba de Lachman, ¿vale? Túmbate en la camilla, voy a flexionar tu rodilla a unos veinte o treinta grados y luego tiraré de la tibia hacia delante mientras estabilizo el fémur.

—¿Duele?

—No debería. Solo quiero ver si hay un desplazamiento excesivo hacia delante, lo que indicaría que el ligamento cruzado anterior todavía no está lo suficientemente bien como para seguir con la siguiente fase —explica con calma.

—¡Me cago en la puta, joder! ¿Tú quieres lesionarme para siempre? —protesto cuando inicia la prueba.

—He visto niñas de diez años quejarse menos —protesta la fisioterapeuta con una mueca de desdén.

—Y yo he visto muchos fisios que hacen bien su trabajo, cosa que claramente no es tu caso —gruño.

Michelle pone los ojos en blanco y deja escapar un sonoro bufido de desesperación. Por suerte para ambas, Iris aprieta ligeramente mi hombro y, simplemente el tacto de su piel, logra calmarme.

—Lo estás haciendo bien, Anna, tranquila —susurra con una sonrisa—. Son unas pruebas

algo incómodas al principio, pero puedes hacerlo. Físicamente no hay nada que indique lo contrario, he revisado las imágenes de tu resonancia un montón de veces y la rodilla avanza muy bien. No te haría pasar por esto si no estuviese totalmente segura, ¿de acuerdo?

—Apenas puedo dar unos pasos sin perder el equilibrio y caerme de bruces.

Iris me coge la barbilla entre sus dedos y me obliga a mirarla. Me dedica una sonrisa preciosa antes de hablar.

—Puedes hacerlo, Anna. Vas a superar esto, por duro que sea. Volverás a jugar antes de final de temporada y estarás en plena forma, te lo aseguro —añade con un guiño de ojo.

Asiento y cierro los ojos, apoyando bien la cabeza en la camilla y tratando de relajarme mientras la fisioterapeuta dobla ligeramente mi rodilla y tira de la tibia. Quizá ha tenido más cuidado o puede que sea en parte psicológico, pero esta vez no me hace tanto daño.

—Perfecto —anuncia Michelle, levantando el pulgar hacia Iris—. Ahora vamos a hacer una prueba del cajón anterior y lo dejamos por hoy —agrega.

Gruño desesperada mientras flexiono la rodilla a 90 grados al tiempo que la fisioterapeuta observa si hay algún tipo de desplazamiento anormal al tirar de la tibia hacia delante. Aprieto el papel que cubre la camilla con fuerza, mirando de reojo a Iris, cuya sonrisa de satisfacción es lo único que evita que grite de dolor y le acabe pegando una patada a Michelle.

—¡Perfecto! —susurra la fisioterapeuta al terminar la prueba.

—¿Eso significa que me voy a mi casa? —pregunto con ganas de abandonar el aburrido centro de rehabilitación cuanto antes.

—Eso significa que puedes terminar la recuperación fuera de aquí. Los servicios médicos de tu club te van a poner una fisio y le enviaremos los ejercicios que debes realizar.

—Jodi —asiento.

—Sí, una tal Jodi —afirma Iris—. Pero no te vas a librar de mí tan fácilmente, tengo que controlarte cada semana.

Por unos instantes, nos quedamos mirándonos fijamente y casi puedo notar la tensión crepitando entre nuestros cuerpos, como si fuese electricidad estática. Soy demasiado consciente de lo cerca que está, de cómo su pelo cae en suaves ondas alrededor de su rostro, del tenue aroma de su perfume. Me apetece extender el brazo y enredar mis dedos en su melena, atraerla hacia mí y no soltarla jamás.

—Bueno, yo me voy —anuncia la fisioterapeuta, rompiendo la magia que flota en el ambiente—. Buen trabajo, Anna. Mi labor contigo se acaba, pero espero verte muy pronto en los terrenos de juego. Has ganado una nueva fan.

Capítulo 8

Anna

—Hoy lo has hecho genial —asegura Iris, acariciando con suavidad la parte baja de mi espalda en cuanto entramos en mi habitación.

Sonrío y miro alrededor. No echaré de menos este lugar, de eso estoy segura, pero será extraño ver a Iris tan solo una vez por semana. Quiero volver a mi rutina diaria, a la tranquilidad de mi casa. Deseo ver los entrenamientos de mis compañeras, jugar con mi gato… pero Iris… En el poco tiempo que llevo aquí se ha convertido en una parte importante de mi vida, sé que es una tontería. Joder, parezco una adolescente, pero esa mujer tiene algo que me atrae como un imán.

—Creo que no podría haberlo hecho sin ti —admito, dejando escapar un ridículo suspiro. Va a pensar que soy tonta.

Se hace un extraño silencio mientras me siento en la cama y ella se coloca a mi lado. Seco con disimulo el sudor de las manos en la sábana y siento cómo mi corazón se acelera. ¿Se está dando cuenta de lo nerviosa que estoy?

—Estoy muy orgullosa de ti —susurra, acariciando con suavidad mis hombros mientras me dedica una sonrisa por la que se podría morir.

Permanezco en silencio, las palabras me son esquivas. Instintivamente, cierro los ojos al sentir cómo retira de mi frente un mechón de pelo y lo coloca detrás de mi oreja y dejo escapar un suspiro tonto que ni siquiera sabía que estaba reteniendo.

Esta vez, sí se da cuenta. Quizá antes también, no lo sé. Pero, ahora estoy segura. Entorna los ojos, menea la cabeza y muerde el labio inferior en una media sonrisa que me hace temblar. Estoy quedando como una auténtica idiota. Si quiero conseguir algo, ahora es el momento, no la puedo dejar escapar, pero siempre he sido horrible para este tipo de cosas.

—Iris…yo…

Me quedo en blanco, prácticamente temblando. Mierda. Normalmente, es más fácil, en las discotecas siempre tengo claro lo que quieren.

Me inclino lentamente hacia ella y me detengo. Iris sonríe, me clava la mirada, muerde de nuevo el labio inferior y juraría que sus ojos se han detenido ahora en mi boca.

—Iris —suspiro.

Pero no me da tiempo a seguir hablando. Antes de que me quiera dar cuenta, siento sus suaves labios acariciando los míos. Es tan solo un roce, pero me parece el beso más sensual que me han dado jamás. Cierro los ojos, suspiro contra su boca y nuestros labios se buscan en una delicada danza que me hace estremecer.

—Joder —siseo cuando se separa.

—Espero que no te haya molestado —admite con preocupación.

—No —confieso con un susurro apenas audible.

De nuevo, no hay opción de seguir hablando. Hunde sus dedos en mi pelo y me vuelve a besar. Esta vez su lengua se abre paso buscando la mía, dejo escapar un pequeño gemido contra sus labios mientras rodeo su cuello, tirando de ella hasta que cae encima de mí sobre la cama.

—Espera, espera. Calma —apunta con la respiración entrecortada, separándose de mí y el

beso se acaba tan rápido como comenzó.

—Iris…

—Soy tu doctora, Anna. Por mucho que me apetezca, esto está totalmente fuera de los límites. Lo siento, nunca debió ocurrir. No sé lo que ha pasado —se disculpa y su rostro refleja un dolor que me rompe el corazón.

—Iris, por mi parte no hay ningún problema —le aseguro, cogiendo su mano en un vano intento de evitar que se separe.

—Por la mía sí, Anna. Me gustas mucho, pero este tipo de situaciones no son éticas. No mientras seas mi paciente. Ahora es mejor que me vaya, tengo cosas que hacer y tú debes descansar —agrega, saliendo a toda prisa de la habitación y dejándome con el corazón en un puño.

Y cuando la puerta se cierra tras ella, me tumbo en la cama con la mente dando vueltas en un auténtico torbellino de emociones. El suave tacto de sus labios sobre los míos aún persiste y, por un instante perfecto, me sentí totalmente viva.

Pero, se fue tan rápido, de una manera tan brusca, que casi me pregunto si todo ha sido producto de mi imaginación, aunque los latidos acelerados y el cosquilleo en la parte baja de mi vientre me indican que fue muy real.

Cierro los ojos y me acaricio los labios con la punta de los dedos, reviviendo ese instante en mi mente. La forma en la que nos besamos, el suave gemido que apagué contra su boca, el fuego en sus ojos cuando nos separamos.

Me gustaría saber qué se siente al despertar desnuda en sus brazos, al dormirme con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando los latidos de su corazón. Quiero descubrir todas las formas de hacerla sonreír, de conseguir que suspire de placer. Desearía ser la razón por la que espera con ilusión cada día.

Pero, debo ser realista. Su precipitada huida es una señal clara de que no hay esperanza. Esa relación nunca será real. Es mi doctora y yo su paciente y después… después nada.

Iris

Prácticamente, salgo huyendo de la habitación de Anna, mi corazón latiendo con tanta fuerza que temo que se me salga del pecho. ¿Qué demonios acaba de ocurrir? Un instante estaba celebrando el avance de su rodilla y al siguiente… al siguiente nos estábamos besando como si nuestra vida dependiese de ello.

Todavía puedo saborearla en mis labios, sentir el calor de su cuerpo. Fue un momento mágico, embriagador. Todo lo que había soñado estas dos últimas semanas y más.

Pero también estuvo mal.

Muy mal.

Soy su doctora, por el amor del cielo. Nunca debí cruzar esa línea, las normas del hospital están muy claras y han sido redactadas por algo. No puedo mantener la cabeza fría si siento algo por ella.

Si alguien llegase a enterarse de esto…prefiero no pensarlo.

A pesar de tener el día libre, ordeno preparar el alta médica para que Anna abandone el centro de rehabilitación mañana mismo y mis manos tiemblan cuando debo rellenar la casilla donde se indica quién se encargará del seguimiento de su rodilla. La persona que deberá reunirse con ella cada semana.

Respiro hondo, cierro los ojos mientras dejo escapar un largo soplido y escribo un nombre.

Doctora Violet Anderson.

Capítulo 9

Anna

—¿Qué coño es esto? —chillo, apretando en mi mano los papeles del alta médica que Iris me acaba de entregar.

—Tu alta, ¿qué quieres que sea?

Una punzada de dolor recorre todo mi ser. Un dolor primario, como si una daga atravesase mi corazón, como si arrancasen la carne del hueso. Aprieto los puños y ni siquiera sé lo que siento: confusión, rabia. ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

—¿Es así de fácil? ¿Ya está? —pregunto, alzando la voz mucho más de lo necesario.

—Anna, no lo entiendo. Ya sabías que a partir de hoy seguirías la recuperación desde casa. Por favor, no grites, habla más bajo.

—¿Qué hable más bajo? ¿Me sacas de tu vida con una puta firma en estos papeles y quieres que hable más bajo? —protesto azotando el alta médica contra la pared.

—No te estoy sacando de mi vida. Deja que te explique.

—¿Qué coño quieres explicarme? ¿Qué ayer me besas, me dejas temblando y ahora, como soy algo incómodo para ti, me dejas tirada como una bolsa de basura? —insisto, empujándola ligeramente.

Iris me observa como si no entendiese nada. Hace un gesto con las manos para que me calme, pero es demasiado tarde. Me ha hecho daño, mucho daño, y cuando pierdo el control me cuesta recuperarlo. Siempre me ocurre, desde que era una niña.

—¿Te has divertido bordeando las reglas del hospital? ¿Piensas que tiene gracia besar a tu paciente para luego mandarla a la mierda? Sabes que tengo sentimientos, ¿verdad, zorra? —gruño.

Iris abre los ojos como platos y se apresura a cerrar la puerta de la habitación, aunque me imagino que todo el centro de rehabilitación se está enterando de lo que ocurre.

Que se joda.

—Anna, no es lo que estás pensando —suspira, acercándose a mí con pequeños pasos.

—Confié en ti, joder. Te conté cosas de mí que ni siquiera le he contado al jodido psicólogo ese. Tras el beso, llegué a imaginarme que sentías algo y ahora… Joder, ahora no has dudado en quitarme del medio como si te estorbase. Me has operado tú, ¿no se supone que tendrías que ser tú también quien haga el seguimiento y no la doctora esa? —protesto, poniendo la palma de las manos en su pecho para que no se acerque más a mí.

—Violet Anderson.

—¡Me importa una mierda cómo se llame, joder! —grito—. Solo quería verte una vez por semana. Solo me conformaba con eso y ahora…

Me detengo, hago una pausa. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

—¿Quieres callarte de una vez, tonta? —interrumpe, pegándose a mi cuerpo y colocando las manos en mi cintura.

—¿Cómo quieres que…?

—Cállate —insiste, sellando mis labios con un suave beso.

—¿Qué…?

La observo sin entender nada y ni siquiera sé lo que siento. Estoy confusa, enfadada,

temblando. Me apetece cruzarle la cara de un tortazo y besarla al mismo tiempo y no sé cómo reaccionar.

—He pasado tu caso a la doctora Anderson porque ahora que ya no eres mi paciente, puedo hacer esto —susurra, plantándome un nuevo beso que me deja sin respiración.

—No te entiendo —suspiro confusa.

—Anna, ¿qué no entiendes? El beso de ayer me dejó temblando, pero no puedo cruzar esa línea. Ahora ya no soy tu doctora, no llevo tu seguimiento, no hay ninguna regla que impida que pueda haber algo entre nosotras… si tú quieres, claro —agrega, colando su muslo entre mis piernas.

—Joder, que si quiero —confieso contra sus labios.

Capítulo 10

Iris

—¿Por qué me has pasado el caso de la futbolista famosa? —pregunta Violet en cuanto me siento a la mesa de la cafetería.

—Prefiero no seguir tratándola.

Opto por no dar explicaciones, aunque me temo que la cara que Arya está poniendo me traerá problemas.

—¿Por qué no? La operación ha salido bien. No me digas que la chica de oro del fútbol te ha dado tantos problemas como al personal del centro de rehabilitación. Cuentan historias muy perturbadoras sobre su mal genio —insiste la doctora Anderson.

Me muevo incómoda sobre la silla de plástico, tratando de que mi mente piense en algún tipo de excusa que sea lo suficientemente creíble para no explicar la verdadera razón. Lo último que necesito es que la noticia se filtre y me acaben acosando los paparazzi cuando todavía no hay nada serio entre nosotras.

—No, no es eso… es que… A ver, Anna no es una paciente fácil, eso es cierto, pero ese no es el problema —explico.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Se la quiere follar —escupe Arya sin más preámbulos, mientras Violet me mira abriendo los ojos como platos.

—Joder, Arya —protesto—. Tampoco es eso. Siento algo por ella y es posible que exploremos la posibilidad de conocernos algo más.

—Sin ropa, dilo claramente —insiste Arya.

—Bueno, el caso es que no sería ético por mi parte, además de ir contra las normas del hospital. Si la recuperación de su rodilla se complica, prefiero que alguien sin una carga emocional tome las decisiones.

—¿Lo tenías ensayado? Porque te ha quedado súper profesional —bromea Arya.

—Pero, todavía no ha pasado nada, ¿verdad? —corta Violet con cara de preocupación.

—Por eso quiero que te encargues de su recuperación —me apresuro a explicar, ponderando si los besos cuentan como “algo” para nuestro departamento de Recursos Humanos.

—Buah, mejor así. A veces me gustaría poder entrar dentro de tu cabeza para ver las cosas indescriptibles que le habrías hecho mientras la tratabas —comenta Arya, llevándose una mano a la frente.

—¡Arya, joder! Iris podría meterse en un buen lío si hubo algo entre ellas —interrumpe Violet.

—No hubo nada —zanjo—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Como si alguien en este hospital estuviese libre de culpa —ironiza nuestra jefa de cirugía—. Por cierto, ¿habéis visto cómo mira el doctor Patel a la enfermera nueva? ¿La pelirroja? Me sorprende que aún no haya tropezado con su propia lengua.

Por suerte para mí, pronto las tres nos estamos riendo a costa del estoico doctor Patel, imaginando sus miradas indiscretas a la guapa enfermera que estoy segura de que son solamente producto de la imaginación de Arya.

***

El aire fresco de la noche acaricia mi rostro cuando bajo la ventanilla del coche para identificarme.

—La señorita Forling está esperando, puede pasar —expone el guarda de seguridad que controla la entrada a la urbanización donde vive Anna.

Las farolas proyectan un suave resplandor sobre las calles del lujoso barrio y pronto aparco frente a su casa, enclavada en una zona de altos robles y rodeada de un césped perfectamente cuidado. La casa en sí es preciosa; moderna, pero elegante, con grandes ventanales que van desde el suelo hasta el techo.

Apenas estoy terminando de subir el camino empedrado que lleva a la entrada, Anna abre la puerta con una sonrisa preciosa dibujada en los labios.

—¡Guau! —bromeo, mordiendo mi labio inferior al verla vestida de manera informal, con una camiseta blanca ajustada y unos vaqueros desgastados.

Anna sonríe, pone los ojos en blanco divertida, pero ese gesto me roba el aire de los pulmones.

—Me alegro de que hayas venido —suspira, haciéndose a un lado para dejarme entrar.

El interior de la casa es tan impresionante o más que el exterior. Todo líneas limpias y elegantes, dando paso a un espacioso salón con muebles en cuero y madera maciza.

—Bonita casa.

—Me mudé aquí hace dos años, sobre todo por la seguridad. Toda la urbanización está bien protegida —explica, haciendo un gesto con el dedo como si estuviese describiendo el perímetro—. Tengo por vecinos a empresarios, otros deportistas, hasta a dos compañeras tuyas. Antes solía salir a correr por las mañanas con Nicole Wright. Ella fue quien me recomendó que me pusiese en tus manos para la operación de rodilla. Es súper maja y está en una forma física que nada tiene que envidiar a cualquier deportista profesional.

—Espero no haberte decepcionado —bromeo cono un guiño de ojo.

—Para nada. ¿Quieres beber algo?

Antes de que pueda responder, borra la poca distancia que nos separa y busca mis labios con los suyos en un beso maravilloso. Tiene un regusto a la copa de vino que estaba bebiendo y en su boca, un sabor tan embriagador que consigue que me dé vueltas la cabeza y me tiemblen las rodillas.

—Es mejor que te sientes, si te haces daño en la rodilla a ver cómo lo explico —susurro contra sus labios mientras rodeo su cuello.

—¿Qué tal en la mesa? —murmura, apoyando las manos en el borde para darse impulso.

Abre las piernas para que acomode mi cadera entre ellas mientras nuestro beso se hace más pasional y cuela las manos por debajo de mi blusa, consiguiendo que cada terminación nerviosa de mi cuerpo clame por su contacto.

—Anna —jadeo al sentir cómo desabrocha mi sujetador.

—Si piensas que vamos un poco rápido me lo dices —suspira junto a mi oído antes de besarme tras el lóbulo de la oreja, consiguiendo que se me ponga la carne de gallina.

—Las dos somos mujeres adultas —respondo, temblando al sentir cómo sus pulgares comienzan a endurecer mis pezones.

Rodea mi cuello con firmeza, atrayéndome hacia ella para morder con dulzura mi labio inferior. Son besos posesivos, pero sensuales. Su lengua recorre el contorno de mis labios hasta abrirse paso buscando la mía, perdiéndonos en un apasionado beso que me deja sin aliento.

—Llevas mucha ropa —susurra, desabrochando lentamente cada botón de mi blusa hasta dejarla caer al suelo.

Alza las cejas, mordiendo su labio inferior con deseo al observar mis pechos. Sonríe y, acercándose a mí, me acaricia de nuevo, deslizando las manos por mis costados, haciéndome temblar bajo la yema de sus dedos.

Sin dejar de besarme, se quita su camiseta y su sujetador deportivo, revelando unos pechos perfectos, una piel bronceada y suave que me muero por besar. Sus pezones se endurecen bajo mi lengua; ella gime de placer, suaves jadeos que me cortan la respiración. Rodea mi cuello y tira de él para que me acerque más, presionando su pecho contra mi boca, rozándolo contra mi lengua y mis labios, volviéndome loca de deseo.

De pronto, se baja de la mesa y se coloca detrás de mí, envuelve mi cintura con los brazos, frotando sus pechos en mi espalda. Siento su cálido aliento en mi cuello, su respiración entrecortada, los suaves gemidos que se escapan de sus labios mientras desabrocha mis pantalones.

Los desliza por mis piernas lentamente, hasta dejarlos a la altura de las rodillas y cuela la mano derecha por debajo de mis bragas.

—Es mejor que te sientes, no fuerces la rodilla —le recuerdo entre jadeos.

Me da un pequeño mordisco en el hombro antes de sentarse en una silla frente a mí. Coge con fuerza mis nalgas y me atrae hasta su cuerpo, besando mi estómago mientras baja mi ropa interior para acariciar mi sexo. Desliza un dedo por mi humedad, como si quisiera asegurarse de que estoy lo suficientemente excitada, para introducirlo a continuación dentro de mí, haciéndome suspirar de placer.

—Date la vuelta y quítate toda la ropa —ordena, colocando las manos en mis caderas para girar mi cuerpo.

Empuja con suavidad mi espalda hacia delante para que la doble, apoyando los antebrazos en la mesa de la cocina, mientras acaricia mis nalgas y me da un pequeño mordisco en una de ellas. A continuación, las cubre de besos, introduciendo dos de sus dedos en mi interior, presionando hacia abajo a un ritmo constante hasta que mis rodillas tiemblan al sentir que estoy cerca del orgasmo.

Anna se ríe, saca los dedos, consiguiendo que me desespere y me da un azote cariñoso en el culo. Giro el cuello como queriendo pedirle explicaciones, pero solamente sonríe, me guiña un ojo y se mete los dedos en la boca, saboreando en ellos mi excitación antes de volver a introducirlos en mi interior.

—No me vuelvas a hacer eso, por favor, estaba a punto de… —me quejo.

—Lo sé, por eso lo hice. ¿Tienes prisa? Así tu orgasmo será más intenso —me asegura, penetrándome de nuevo al mismo ritmo que antes e inclinándose para besar mis nalgas.

Pronto, no puedo aguantar más, me agarro con fuerza al lateral de la mesa y me deshago en gemidos mientras Anna desliza su mano libre por debajo de mi vientre para acariciarme el clítoris. Sus movimientos se hacen más rápidos y precisos, tocándome con la punta de los dedos justo donde más lo necesito.

Y, de pronto, una explosión de placer se expande desde mi sexo. Grito, sintiendo cómo se extiende en pequeñas olas, cómo mi sexo se contrae contra sus dedos, hasta que me quedo relajada sobre la mesa, con la respiración acelerada, buscando el aliento.

—Guau, eres súper intensa —susurra, acariciando lentamente mi espalda con la mano abierta.

—Fue increíble —admito, girando el cuello para buscar su mirada mientras ella sonríe y

me guiña un ojo.

En cuanto recupero mínimamente la respiración, Anna coloca las manos en mi cintura y tira de mí para que me aparte de la mesa. Se sienta en ella completamente desnuda, abriendo las piernas, invitándome a explorar su sexo, que brilla de excitación.

Deslizo la punta de los dedos por sus fuertes piernas, acercándome más y más a su sexo, arrancando ligeros gemidos de su boca cada vez que lo hago. Deslizo los dedos entre sus pliegues, sintiendo la humedad que ya acumula en esa zona para luego rozar suavemente su clítoris y hacerla suspirar de placer.

Gime con fuerza cuando mis dedos entran en su interior. Es la parte que más me gusta de hacer el amor a una mujer, sentir su calor y su humedad en mis dedos, la suavidad de su piel.

Anna dobla una de sus piernas, permitiéndome un mejor acceso. Se retuerce de placer y debo colocar mi mano libre en su vientre para calmarla.

Cada vez que la palma de mi mano roza su clítoris deja escapar un precioso gemido hasta que tensa el abdomen, dejando ver unos preciosos abdominales. Un jadeo profundo se escapa de su garganta. Me sujeta la muñeca, suplicando que no saque los dedos. Arquea la espalda, moviendo las caderas y sujetando mi cuello para besarme sumida en un intenso orgasmo.

Nos abrazamos y, mientras buscamos recuperar el aliento, sintiendo cómo su cuerpo responde a cada una de mis caricias, me siento conectada a ella, como si fuese la mujer que he buscado toda mi vida sin encontrarla. Es un sentimiento extraño, una sensación que creo que se me quedará grabada para siempre.

Capítulo 11

Iris

Me despierto por la mañana con la calidez de un cuerpo desnudo pegado a mi espalda, el suave subir y bajar de una respiración que no es la mía, el brazo derecho de Anna rodeando mi cintura.

—Buenos días, dormilona —susurra a mi lado, antes de separar mi melena para besarme en el cuello.

—¿Te he despertado?

—Llevo despierta un buen rato —reconoce, estirándose con un ronroneo—. Pero se está muy bien a tu lado.

—No está nada mal despertarse así, la verdad. Anoche me dejaste para el arrastre —bromeo.

—Te voy a poner a hacer más ejercicio, doctora Ramírez, te cansas muy pronto —ironiza, pegándome un cariñoso azote en el culo.

Sonrío, y por alguna razón, soy hiper consciente del calor en cada punto en el que nuestros cuerpos se tocan.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar?

—¿Pretendes seducirte con tus habilidades culinarias? —susurra a mi oído con un nuevo beso.

—Podría ser. ¿Está funcionando?

—Desde luego, sería un punto positivo a tu favor. Lo mismo arreglas una rodilla que preparas el desayuno. Me tendré que casar contigo algún día —sisea, jugando con su lengua tras el lóbulo de mi oreja.

—Reto aceptado.

Entre risas, ayudo a Anna a salir del calor de la cama, ofreciéndole mi brazo para que se apoye en él, aunque protesta diciendo que no le pasará nada.

—Se te ha quedado la marca de la almohada en la mejilla —apunta sonriendo mientas me cubre de besos.

Ya en la cocina, todavía desnudas, Anna me observa divertida, sentada en un taburete mientras preparo unas tostadas y el café.

—¿Sueles preparar el desayuno a tus pacientes o yo soy especial? —pregunta, tirándome a la cabeza una bola que ha hecho con una servilleta de papel.

—Es parte de nuestro paquete de atención integral a los pacientes VIP. Se nota que no has leído la letra pequeña cuando firmaste el consentimiento para la cirugía. Tienes derecho a que te prepare varios desayunos —bromeo.

—Tampoco es que te hayas matado con este —susurra cuando me acerco a ella para poner el plato sobre la mesa—. Soy una deportista profesional, voy a necesitar comer variado —agrega, colando una mano entre mis piernas y haciéndome temblar.

Pongo los ojos en blanco y me siento junto a ella. Entre bocado y bocado, hablamos de todo un poco, bromeamos y nos reímos como si nos conociésemos de toda la vida. Desde luego, algo muy diferente a la situación que teníamos en el centro de rehabilitación del hospital. Tan diferente que empiezo a creer en una posibilidad cada vez más real de estar

juntas algún día.

—¿Sabes? Es muy extraño.

—¿Qué es extraño?

—Nunca pensé que saldría nada bueno de reventarme la rodilla y en cambio, ahora… —se interrumpe así misma, dejando la insinuación en el aire, como si le diese miedo escuchar las palabras que estaban a punto de salir de su boca.

—A veces, las cosas buenas salen de una situación negativa.

—¿Cómo tú?

—O como tú —suspiro, inclinándome hacia ella para besar su mejilla—. Fíjate en qué circunstancias te conocí y aquí estamos, desayunando desnudas en tu cocina —añado, encogiéndome de hombros y dibujando una hermosa sonrisa en sus labios con el comentario.

—¿Por qué sabes que no es algo que suelo hacer? —bromea, haciendo un gesto provocativo.

—Espero que no.

—Dentro de un rato vendrán a traerme unas máquinas para mi gimnasio, ya sabes, para hacer los ejercicios esos para fortalecer la rodilla. Normalmente, les recibo desnuda o en bragas.

Sé que está bromeando, pero, aun así, se me atraganta el café.

—¡Joder, vaya cara que has puesto! —señala, llevándose una mano a la frente—. Era broma, tonta. Este cuerpo es solo para tus ojos. Bueno y los de mi fisioterapeuta, pero no te pongas celosa.

Meneo la cabeza divertida, aunque prefiero no responder que, de momento y por mucho que me gustase llevar esto a un nivel superior, lo nuestro es solo sexo.

—¿Ya te he seducido con el desayuno? —pregunto para cambiar de tema.

Anna se queda con la tostada a medio camino de su boca y sonríe antes de responder. Y juro que cada vez que veo esa sonrisa todo mi cuerpo tiembla.

—Vas por el buen camino —admite con una extraña mueca—. ¿Quieres ayudarme tú a ducharme o prefieres que se lo pida a mi fisioterapeuta? Ya sabes, para evitar que pueda perder el equilibrio si me falla la rodilla.

—¿Pretendes darme celos con tu fisio?

Y no tenía que haber hecho esa estúpida pregunta, porque media hora más tarde, una auténtica diosa griega de brazos y hombros esculpidos y cara de modelo entra en la casa, dirigiendo la colocación de las nuevas máquinas del gimnasio como si fuese un general en el campo de batalla.

—Por el amor del cielo, ten cuidado con ese equipo de musculación, vale un dineral —chilla a uno de los operarios justo antes de girarse hacia nosotras y dedicarnos una sonrisa inocente, como si nunca hubiese roto un plato.

Anna parece divertirse con ella, bromean constantemente, mientras a mí me hierve la sangre cada vez que se acerca para acariciar su brazo o deslizar disimuladamente la mano por su cintura.

—Te vamos a tener de vuelta en el campo antes de que te des cuenta, preciosa —susurra, guiñando un ojo y consiguiendo que me recorra una punzada de algo que se parece demasiado a los celos.

—Eso mismo le dije yo —me apresuro a añadir, aunque ni siquiera sé por qué lo he dicho.

—Has hecho una gran labor con la cirugía. Ahora ya me ocupo yo de cuidar de nuestra jugadora estrella —asegura sin perder la sonrisa, aunque algo raro parpadea en su mirada, tan rápido que casi creo que me lo he imaginado.

¿Por qué tengo la sensación de que esta mujer quiere echarme de aquí a codazos?

Por suerte, Anna no se da cuenta de la tensión entre nosotras.

—Jodi, ¿qué te parece si aprovechamos que la doctora Ramírez está aquí para que repase con nosotras la línea temporal de la recuperación? —propone de manera inocente, aunque está claro que ni a la tal Jodi, ni a mí nos ha hecho ninguna gracia.

Sentadas en uno de los cómodos sofás de cuero del salón, trato de centrarme en los aspectos médicos e ignorar la forma en que la mano derecha de la fisioterapeuta descansa en el muslo de Anna.

—Me parece un plan ambicioso, pero factible —admito, sintiendo que me comen los celos cada vez que veo esa mano—. Solo recuerda escuchar a tu cuerpo y, por supuesto, seguir al pie de la letra todo lo que la doctora Violet Anderson recomiende —añado, subiendo el tono de voz para dejarle claro a la fisioterapeuta pulpo que hasta que Anna no reciba el alta médica completa, quien está al mando es Violet.

—Es lo que siempre le digo, se fuerza demasiado. No sabes la cantidad de sesiones de descarga que le doy a esas piernas cada año.

Joder, tengo ganas de asesinar a esta mujer. Emplea de nuevo ese tono posesivo que me pone enferma, como si sintiese que Anna le pertenece.

—Jodi, si hemos terminado con la planificación, iba a salir a comer algo con Iris.

Por un instante, creo que tanto la fisio como yo estamos esperando que la invite a unirse a nosotras, pero Anna simplemente sonríe y Jodi capta la indirecta. Esa fugaz expresión de decepción no tiene precio y casi se me escapa un suspiro de alivio.

—No te preocupes, Anna estará en las mejores manos, literalmente —bromea antes de marcharse, provocando una sonrisa en la futbolista que me gustaría haber causado yo.

Y mientras se despide, me percato con claridad de que estoy muy celosa.

Ridícula, irracional y monstruosamente celosa.

—Vale, suéltalo, ¿qué te pasa?

La voz de Anna me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad.

—Nada —respondo seca.

—¿Por qué esa cara?

—¿Qué cara? Es mi cara normal y corriente.

Anna resopla y pone los ojos en blanco, acercándose a mí mientras se apoya en la muleta.

—Has estado rara desde que Jodi llegó —insiste.

—No creo.

—Yo sí lo creo, Iris. ¿Dijo algo que te molestó? A veces es muy brusca.

—No, para nada —niego, apartando la mirada.

—¿Iris?

—¿Qué? —bufo.

—Ven aquí, ¡mírame! —susurra, pinzando mi barbilla entre los dedos para que gire la cabeza—. ¿Estás celosa de Jodi?

—¡Qué gilipollez! ¿Por qué iba a estarlo?

—Quizá porque es guapísima y pasa cientos de horas conmigo mientras me manosea todo el cuerpo… con aceite y completamente desnuda —añade con un susurro.

—Mira, me voy, porque para que digas estupideces…

—Ven aquí, tonta —interrumpe.

—Tengo prisa.

—Por favor, Iris —susurra, cogiéndome de la mano para que no me mueva.

—¿Qué?

—Es broma, tonta. Pero… a ver, ya sé que soy una idiota, pero me gusta que te hayas puesto celosa. ¿Supongo que eso es que sientes algo por mí?

—Siento algo por ti, pero no soy una persona celosa. Para nada, en absoluto. Nunca lo he sido —suelto, negando enérgicamente con la cabeza.

Y lo peor de todo es que es cierto. Nunca he sido una mujer celosa.

Hasta hoy.

—Vale, joder, lo admito. Sí, esa Jodi me ha puesto celosa. Sé que es totalmente irracional porque entre nosotras no hay nada serio y…

—Todavía —me interrumpe—. Iris, no pasa nada. Jodi es muy guapa, eso lo ve cualquiera que tenga ojos en la cara. Y sí, me ha visto desnuda más veces de las que puedo contar, pero es solamente mi fisioterapeuta, ¿vale? Nunca he sentido nada por ella, en cambio, contigo…

—¿Conmigo…? —corto con un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—Contigo es diferente. Muy diferente —sisea, antes de atraerme hacia ella para besarme.

Capítulo 12

Anna

—¿Te apetece quedarte un rato? —propongo al ver que está dispuesta a marcharse—. Podríamos… no sé, ¿quizá una tarde tranquila viendo alguna película en la televisión?

—Suena mejor plan que irme a mi casa a leer alguna publicación médica —bromea Iris —. Pero, solo si me dejas elegir.

—Estoy suscrita a prácticamente todas las plataformas. No te costará encontrar algo que te guste.

Pero cuando coge el mando de la tele y se detiene en una película de ciencia ficción, me deja sin palabras.

—¿Una peli de alienígenas? Me estás tomando el pelo, ¿verdad? No es precisamente mi idea de una tarde de relax —protesto.

—¿Dónde quedó tu espíritu de aventura, señorita futbolista?

—Seguramente se lo llevaron los alienígenas de esa película —ironizo—. ¿Qué tal una comedia romántica?

Iris pone los ojos en blanco y menea la cabeza antes de seguir pasando una y otra película hasta que llegamos a una de fantasía.

—Esta tiene buena pinta —anuncia, leyendo la sinopsis en voz alta—. Dice que trata sobre conexiones inesperadas y la magia de encontrar a alguien que te entiende plenamente donde menos te lo esperas.

Nuestras miradas se cruzan en un instante que parece eterno. Me pregunto si Iris ha sentido también lo mucho que esas palabras reflejan lo que siento en estos momentos.

En cuanto empiezan las primeras escenas, aprovecho para acurrucarme junto a ella, apoyando la cabeza en su hombro. Cierro los ojos relajada cuando rodea mi cintura, acariciándome la espalda de manera distraída.

Pronto, soy más consciente del cuerpo de Iris que de la trama. El suave sonido de su respiración, el ligero movimiento de su pecho al reír o hacer algún comentario, la forma en que su dedo pulgar acaricia mis nudillos o el reverso de mi mano.

—¿Crees que en la vida real pueden pasar ese tipo de cosas? —inquiero, estirándome contra ella como una gata—. Quiero decir, conectar con alguien de una manera tan profunda en tan poco tiempo.

—Yo no soy la persona más adecuada para hablar de amor. Todas mis relaciones se han ido a la mierda —confiesa, encogiéndose de hombros—. Aun así, conozco algunos casos en los que sí ha pasado y son ahora muy felices.

—Yo tampoco he tenido demasiada suerte en el amor, pero, esta mañana, mientras observaba cómo te ponías celosa con Jodi, pensé que quizá… que quizá tú podrías ser la mujer que estaba buscando —admito, dejando escapar un suspiro y observando atentamente su reacción.

Iris no responde, se queda parada durante lo que a mí me parece una eternidad, aunque posiblemente no sean más que unas décimas de segundo, como si estuviese procesando lo que acabo de decir. Y, justo cuando empiezo a arrepentirme de mis palabras, se inclina para darme un beso maravilloso.

—Me gustaría ser esa mujer —susurra, peinando mi melena entre sus dedos.

—A veces no es fácil aguantarme —reconozco.

—Lo sé, vaya mal genio que tienes, guapa. Creo que no olvidaré nunca cómo te pusiste cuando te llevé el alta médica y leíste el nombre de Violet como tu doctora. Cuando tiraste los papeles contra la pared, casi doy la vuelta y salgo corriendo.

Me llevo una mano a la frente y niego con la cabeza. Es algo que preferiría olvidar.

—No me lo recuerdes. Es que quería seguir contigo… aunque debo reconocer que tu solución ha sido muy buena. No creo que te hubieses acostado conmigo siendo mi doctora, ¿verdad?

—No, pienso que no lo habría hecho —masculla, besando mi frente.

—Aunque, pensándolo bien, la doctora Anderson también está muy buena —bromeo y el cachete que me llevo en la nalga derecha consigue que detenga mis provocaciones.

Pronto, perdemos por completo el hilo de la película y solo tengo ojos para Iris, que se sienta a horcajadas sobre mis muslos para besarme con una pasión que me deja sin aliento.

Y mientras recorro su espalda y ella rodea mi cuello, me doy cuenta de que eso es justo lo que quiero. No necesito grandes viajes a lugares exóticos. Tampoco cenas caras en los mejores restaurantes de la ciudad.

Quiero esto.

Me basta con poder compartir una tarde perezosa con alguien que me importa y me comprende.

En la pantalla, los protagonistas de la película comparten sus sueños y sus miedos, construyen una intimidad que trasciende el tiempo. Aquí, en mi sofá, con Iris sentada sobre mis piernas, siento que estamos haciendo lo mismo. Cada beso, cada caricia, me acerca más a ella.

Y, mientras la tarde se convierte en noche y la luz que se filtra por los grandes ventanales se vuelve más fría, me percato de que quizá, por pura casualidad, en el lugar donde menos me esperaba, he encontrado a una mujer extraordinaria.

Sueño con más tardes como esta, con largas conversaciones que duren hasta el amanecer, con millones de besos y caricias. Sueño con la promesa de un futuro juntas, con la mujer que dará un sentido a mi vida cuando ya no quede el fútbol.

—Iris, ¿crees en el destino? —pregunto mientras cubro de besos su cuello.

Ella sonríe.

—Empiezo a creer en nosotras —susurra.

***

—¿De verdad me vas a preparar un risotto? —pregunto confusa—. ¿No prefieres que encarguemos la cena en algún restaurante?

—¿No te fías de mí? —bromea, recogiendo el pelo en un moño desordenado antes de revolver mi cocina en busca de los ingredientes—. Intuyo que no sabes cocinar, ¿verdad?

—Me parece que me has pillado —confieso—. Solo un par de cosas súper básicas.

—Vamos a preparar juntas mi famoso risotto de setas. Es un plato que requiere paciencia y atención para que salga bien, como el amor.

—Entonces, creo que estoy en muy buenas manos —murmuro junto a su oído.

—Decirme cosas bonitas al oído, no te librará de trabajar. Pica la cebolla y el ajo mientras yo me ocupo de las setas —ordena, señalando con el dedo índice hacia la encimera de la cocina.

Mientras pico la cebolla y el ajo sobre la tabla, no puedo evitar lanzar alguna mirada de

reojo a Iris, que no parece quitar los ojos de mi culo.

—¿Ves algo que te guste? —ironizo, moviendo las caderas.

—Todo —responde sin dudar y el modo en que sus mejillas se ruborizan me parece adorable—. Pero es mejor que te sientes, no quiero que hagas esfuerzos con esa rodilla.

El aceite de oliva sisea ligeramente cuando la sartén alcanza la temperatura adecuada y, al añadir la cebolla y el ajo, el ambiente de la cocina se llena de un delicioso aroma.

Cuando llega el momento de echar el arroz, Iris se coloca detrás de mí y me rodea con los brazos mientras guía mis movimientos. Y, menos mal que estoy sentada en un taburete alto, porque el calor de su cuerpo en mi espalda es suficiente como para que me tiemblen las piernas.

—Ahora necesitamos un poco de vino —susurra detrás de mi oído, consiguiendo que se me ericen los pelos de la nuca.

—Nunca pensé que cocinar fuese tan excitante —confieso, dejando caer la cabeza hacia atrás para besar sus labios.

—Supongo que es un nuevo significado de cocinar con amor —ironiza Iris, añadiendo un poco de mantequilla y el queso parmesano, removiéndolo lentamente hasta que se derriten en una cremosidad perfecta.

—¿Puedo probar ya?

Iris lleva una pequeña cucharada a mi boca y, joder, ese risotto es sencillamente perfecto. Cremoso, lleno de sabor, dotado de una riqueza y profundidad maravillosas. O quizá es que todo lo que hace esta mujer empieza a encantarme. El caso es que cierro momentáneamente los ojos y dejo escapar un pequeño gemido del que inmediatamente me arrepiento cuando los abro y observo la cara de diversión de Iris.

—Está casi tan bueno como tú —admito, mordiendo mi labio inferior.

Iris sonríe, se ruboriza de nuevo. Solo un poco, pero lo suficiente como para que me vuelva loca cada vez que lo hace. A continuación, sirve el risotto en unos platos y los coloca en la mesa de la cocina. La conversación fluye de manera fácil, como dos amigas que se conocen de toda la vida, aunque ninguna de nosotras puede evitar cierto flirteo y provocación durante la cena.

O quizá bastante.

—Lo mejor de la cena suele ser el postre —susurra cuando estamos a punto de terminar.

—¿Qué tienes en mente?

—Para eso, debo quitarte la ropa —responde bajando el tono de voz y acercándose a mí hasta que se me pone la carne de gallina.

Iris comienza a desnudarme de manera lenta y sensual, recorriendo con la punta de los dedos los contornos de mis zonas más sensibles mientras me besa. Ladeo la cabeza y cierro los ojos, sintiendo la suavidad de sus labios al explorar mi cuello, su aliento cálido en mi clavícula.

Se toma su tiempo, saboreando cada momento como si fuese el último, desesperándome en el proceso. Roza el encaje de mi sujetador y noto de inmediato cómo se me endurecen los pezones contra la tela. Cuando por fin libera mis pechos, se inclina para besarlos, rodeando la areola con la lengua, haciéndome suspirar al sentir una sacudida de placer que recorre todo mi cuerpo hasta detenerse en mi sexo.

Continúa mimando mis pechos, chupándolos, mordisqueando los pezones entre sus labios, consiguiendo que me retuerza bajo sus caricias mientras noto una creciente humedad entre los muslos.

Como si pudiese leer mi mente, Iris desliza la mano por mi vientre y la cuela por debajo de las bragas hasta alcanzar mi sexo, lentamente, provocándome con sus caricias hasta presionar un poco más en la entrada de mi vagina, haciéndome gemir.

Introduce un dedo con lentitud, acariciando al mismo tiempo mi clítoris con el pulgar y tenía tantas ganas de que lo hiciera que con cada uno de sus movimientos me acerca al límite.

Sonríe, saca el dedo y lo lleva a mi boca, haciendo que lo chupe mientras saboreo en él mi propia excitación. A continuación, me quita las bragas y a ese dedo se le une otro más. Abro instintivamente las piernas al sentir que los dobla ligeramente hacia arriba, presionando justo donde más lo necesito, haciéndome jadear de placer.

Grito cuando la sensación se intensifica, agitando las caderas contra su mano. Me silencia con un beso lleno de pasión, empuja con fuerza dentro de mí, rozando mi clítoris con la palma de su mano y mis continuos gemidos se apagan en su boca.

—Me estás volviendo loca —jadeo cuando nuestros labios se separan brevemente.

—Túmbate boca abajo en el sofá —susurra junto a mi oído.

Hago lo que me pide mientras se quita la ropa. Se coloca sobre mí, cubriéndome con su cuerpo hasta que siento su cálido aliento detrás de mi oreja y sus pezones duros frotándose en mi espalda. Desliza una mano por debajo de mi vientre en busca de mi clítoris y lo presiona durante unos instantes antes de introducir de nuevo sus dedos en mi interior.

Entre gemidos, estiro los brazos hacia atrás para clavar las uñas en su culo, notando cómo la humedad resbala por mis muslos mientras me acaricia.

—Córrete —susurra antes de morder el lóbulo de mi oreja.

El placer es abrumador. Con la respiración entrecortada le suplico que no se detenga mientras me acerco al orgasmo. Iris parece darse cuenta y aumenta ligeramente el ritmo, hasta que dejo escapar un fuerte gemido, cerrando las piernas contra sus dedos, mientras me recorre un orgasmo maravillosamente perfecto.

Ronronea como una gata sin separarse de mí. Besa con delicadeza mi cuello y mis hombros, como si quisiera calmarme. Cuando por fin se separa para permitir que me gire, la forma en que me mira, como si fuese lo más hermoso del universo, me hace sentir deseada, especial. Dispuesta a luchar por ella.

—¿Si me apoyo sobre la rodilla es peligroso? —pregunto con un hilo de voz.

—Es mejor que no lo hagas, por si acaso —susurra, antes de levantarse para colocarse a horcajadas por encima de mi cara y acercar su sexo a mi boca.

Lo observo con deseo durante unos instantes. Es precioso. Separo sus labios con suavidad, soplando sobre su clítoris, provocando que su abdomen se tense. Lo recorro con la lengua, lamiéndolo muy lentamente y ella arquea la espalda, agarrando con fuerza mi melena.

No puedo evitar sonreír contra su sexo al ver el modo en que su cuerpo reacciona cada vez que deslizo la lengua por él o cuando presiono su clítoris. Iris gime con fuerza, se deshace en jadeos mientras lamo con rapidez. Se tensa, sus piernas tiemblan, se frota con fuerza contra mi lengua y, de pronto, se queda muy quieta, echa la cabeza hacia atrás, dejándose llevar en un orgasmo larguísimo mientras aprieta su sexo contra mi boca.

Esa noche, mientras me voy quedando dormida entre sus brazos, pienso, por primera vez, que quizá el destino existe. Puede que Iris sea la mujer que estaba buscando y que nunca tuve la suerte de encontrar hasta ahora.

Capítulo 13

Anna

—Hoy pareces una máquina —exclama la doctora Anderson, asintiendo lentamente con admiración mientras me realiza las últimas pruebas—. Tendremos que recalibrar de nuevo el calendario de recuperación de tu rodilla. Estoy muy contenta —agrega.

—¿Crees que podré volver a jugar antes de que acabe la temporada?

—Si todo sigue así, estoy segura de ello. Si te parece bien, empezaremos a introducir más sesiones de bicicleta estática con poca carga, para que empieces a recuperar la forma física. Antes de que te des cuenta, empezarás a trotar en el campo de fútbol. Solo recuerda que…

—Sí, lo sé. No forzar demasiado, escuchar a mi cuerpo… bla, bla, bla —ironizo, poniendo los ojos en blanco—. Conozco el procedimiento, doctora Anderson.

—Imagino que cierta colega mía cuyo nombre empieza por "I" te lo recuerda a menudo.

—No lo sabes bien.

—Simplemente con que sean la mitad de las veces de las que habla de ti en el hospital, ya serán muchas —bromea Violet.

—¿Iris habla de mí?

—No se calla —responde la doctora Anderson, entornando los ojos—. Yo no sé qué le das porque está muy pesada contigo. Bueno, mejor no me lo cuentas —ríe.

—Hoy quiero invitarla a cenar fuera. Ya sabes, siempre hemos pedido comida o cocinado algo, pero nunca hemos tenido una cita en un restaurante.

—Iris está un poco preocupada por lo de los paparazzi, supongo que no es algo que puedas evitar —explica la doctora.

—No, al principio sacarán algunas fotos por la novedad, pero luego se cansan pronto cuando deja de ser noticia.

Deslizo nerviosa los dedos sobre la pantalla del teléfono, debatiéndome entre un mensaje de texto o una llamada. No quiero interrumpir su trabajo, pero al final me decido por hacerlo, me parece más personal.

—Doctora Ramírez —responde, sin ni siquiera mirar quién está llamando.

—Dime por favor que tienes mi número en la memoria —bromeo.

—Ya sabes que sí, tonta. Me alegro de escuchar tu voz —suspira—. ¿Qué tal la revisión con Violet?

—Muy bien. Estoy mejorando a pasos de gigante. Va a acelerar de nuevo el proceso de recuperación. Por eso te llamaba, ¿qué tal si cenamos fuera para celebrar? Yo invito.

Silencio.

Una larga pausa.

—Iris, ¿qué más te da si alguien nos saca alguna foto? Joder, estamos saliendo juntas. Esto va en serio. Deja de una vez las dudas con lo de los paparazzi, tarde o temprano nos tendrán que hacer las primeras fotos y luego se olvidarán de nosotras —le recuerdo de nuevo.

—Está bien —asiente.

—¿Me recoges a las ocho? Ya sabes que todavía no puedo conducir. Te voy a llevar a un pequeño restaurante italiano en Cobble Hill que es una maravilla.

***

La tarde transcurre en una mezcla entre nervios e indecisión en la ropa que me debo poner. Parece una tontería, pero quiero que todo salga perfecto. El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos. Miro el reloj y son solo las siete y media. Iris suele ser muy puntual, extremadamente puntual, pero nunca se adelantaría media hora.

—¿Jodi? ¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunto confusa al ver a mi fisioterapeuta parada frente a la puerta.

Me aparto para dejarla pasar y, al hacerlo, mira a su alrededor como si buscase algo… o a alguien.

—He venido solo a ver cómo estás, para… para ver cómo te encuentras tras la sesión de hoy. Ha sido bastante dura.

—Estoy bien —explico—. Pero no hacía falta que vinieses hasta aquí, bastaba con un mensaje de texto o una llamada.

—¿Vas a salir? —me corta, señalando con el dedo mi ropa.

—Voy a cenar con Iris.

—No me parece buena idea —espeta.

—¿Qué no te parece buena idea?

—No quiero que vuelvas a tu antigua rutina de salir a cenar fuera, trasnochar, beber. Fiestas. Ya sabes que las tentaciones están ahí y tú tienes tendencia a dejarte llevar. Ahora te estás recuperando muy bien y no puedes estropearlo —protesta.

—Es… es solo una jodida cena con mi novia.

—¿Ahora es tu novia? —pregunta con un tono de voz que no me gusta nada.

—Sí, es mi novia. Pensé que era evidente, te la has encontrado en mi casa un montón de veces —le recuerdo.

—Suponía que solo te la estabas follando.

—¿A qué viene todo esto, Jodi? —insisto sin entender lo que ocurre.

—Nada, tú sabrás lo que haces con tu vida. Te has equivocado ya bastantes veces como para no haber aprendido de tus errores. Solo te digo que esa mujer no te conviene. Me parece muy obsesiva. Es posible que solo quiera estar contigo por la fama y…

—Es una de las mejores cirujanas de rodilla del país —interrumpo, arqueando las cejas.

—No te voy a decir lo que tienes que hacer, Anna. Yo soy solo tu fisioterapeuta. Pero ¿recuerdas tu relación con Alisha?

—Alisha estaba medio loca —admito con un suspiro.

—Ya, bueno, pues esa mujer me recuerda mucho a Alisha, es muy territorial. Quizá tú no te des cuenta, pero esto tiene todas las papeletas para convertirse en una relación muy tóxica que podría acabar con lo que queda de tu carrera deportiva.

Y, así, sin más, gira sobre sus talones y abandona la casa, dejándome con la palabra en la boca y sin comprender nada de lo que acaba de pasar. Jodi siempre ha sido un poco intensa, pero ¿esto? No entiendo nada.

Querría haberle dicho que es imposible empezar a comparar a Iris con Alisha. Me gustaría recordarle que mi vida personal no es problema suyo, pero ni siquiera me da la oportunidad. Cuando me repongo de la sorpresa, las luces de su coche ya se pierden en la lejanía.

Capítulo 14

Anna

No recuerdo haber estado nunca tan nerviosa. Permanezco al borde del campo de fútbol, los tacos clavados en la suave hierba, casi sin atreverme a entrar mientras observo a mis compañeras jugar un partidillo de entrenamiento en el que querría estar.

—¿Estás lista, Forling? —la voz ronca del entrenador me saca de mis pensamientos.

Asiento lentamente con la cabeza, sin ni siquiera ser capaz de expresar una sola palabra. Lo cierto es que estoy muerta de miedo, aterrorizada.

Hoy es el día. La primera sesión de entrenamiento, aunque sea separada del equipo y consista, tan solo, en trote ligero por el campo. Atrás quedan las interminables horas de fisioterapia y gimnasio, también las charlas de ánimo de Iris.

Ahora es el momento.

—Quiero solo trote suave, tómalo con calma, solo queremos ver qué tal se comporta esa rodilla. A la mínima sensación de molestia, te detienes de inmediato —me recuerda el entrenador, frunciendo sus pobladas cejas.

De nuevo, asiento con la cabeza y empiezo a trotar. Mis piernas parecen hechas de plomo, cada apoyo, cada pisada sobre el césped, me produce una sacudida de ansiedad. Toda mi atención se centra en la rodilla, en cada sensación, cada mínima tensión en el apoyo.

Aprieto los puños con fuerza, tratando de olvidar el miedo que siento en estos instantes. De pronto, al desviar la mirada, mi corazón se salta varios latidos.

Ahí está, de pie, a unos metros de Jodi. Iris me saluda con la mano, sonríe, me hace un gesto levantando el pulgar y es como si todas mis preocupaciones se hubiesen disipado de un solo plumazo.

Ha venido a verme, a animarme en mi primer entrenamiento tras la lesión. Ese simple gesto me da una fuerza renovada, una emoción que ni siquiera soy capaz de expresar con palabras.

—¡Se te ve a tope, campeona! —grita cuando paso a su lado.

Y, de repente, ya no soy Anna Forling, la futbolista que empieza a recuperarse de una grave lesión. Soy una jodida guerrera, dispuesta a conquistar cada campo de fútbol que pisen mis botas.

—¡Más despacio, Forling! —chilla el entrenador, y me doy cuenta de que he incrementado el ritmo demasiado rápido.

Y cada paso parece ahora más ligero, cada apoyo de la bota sobre el césped más estable, la respiración más fácil. Sus gritos de ánimo cada vez que paso a su lado contrastan con las sombrías advertencias de Jodi, recordándome que mi rodilla no está recuperada del todo.

—Es suficiente por hoy, Forling, buen trabajo. ¡A la ducha! —ordena el entrenador.

Por un instante, quiero discutir, pedir más entrenamiento, pero sé que no debo hacerlo. Recuerdo las palabras de Iris; la paciencia será clave.

Cuando salgo del campo, tanto Iris como Jodi se acercan a mí. Iris me alcanza primero, me abraza con fuerza y mi corazón hace un salto mortal al sentir el calor de su cuerpo.

—Has estado increíble. Antes de que te quieras dar cuenta estarás llenando de goles esas

porterías. No me pienso perder ni un partido —susurra antes de besar mis labios.

Estoy a punto de contestar cuando Jodi interviene.

—Hay que ponerte hielo de inmediato —corta con cara de preocupación, tirando de mí para separarme de Iris.

—Estoy perfectamente. Voy a darme una ducha, tenemos planes —explico, señalando con el dedo índice a mi doctora favorita.

—Anna, no te puedes jugar tu recuperación por una tontería —insiste y el gesto de desprecio al terminar la frase me hiela la sangre.

Por suerte, Iris interviene. Le promete que le echará un vistazo a la rodilla en el vestuario y se asegurará de que todo está bien, aunque la sola idea de ir a las duchas con ella me hace temblar.

***

—¿Sabes? Tenerte hoy aquí, que hayas venido a ver mi primer día de entrenamiento, significó mucho para mí —confieso en cuanto nos montamos en su coche.

Me dedica una sonrisa preciosa tras abrochar el cinturón de seguridad, colocando su mano sobre la mía para apretarla suavemente.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. Y lo que te dije antes es cierto, no pienso perderme ni uno de tus partidos.

—¿Desde cuándo te has aficionado al fútbol?

—Desde que salgo con una jugadora guapísima. Y no te rías tanto, estaré gritando como una loca desde las gradas y como alguna de tus rivales te haga una entrada que ponga en peligro esa rodilla, pienso bajar al campo y arrastrarla por los pelos —bromea con un precioso guiño de ojo antes de incorporarse a la carretera.

Cierro los ojos, me reclino en el asiento y estoy segura de que se dibuja en mis labios una sonrisa tonta. Me duele un poco la rodilla, una ligera molestia que me recuerda el largo camino que queda aún por recorrer. Pero, cada vez que Iris me dice que me estoy recuperando bien, consigue que no le tenga miedo a nada.

Ya en el restaurante, la luz de la vela que han colocado sobre la mesa parpadea sobre su rostro, proyectando sombras que parecen bailar en sus hermosos ojos.

—Tierra llamando a Anna —bromea, pasando la palma de la mano abierta por delante de mis ojos—. ¿Sigues aquí?

—Lo siento, estaba… pensando —me disculpo.

—¿En tu rodilla? ¿Sigues preocupada?

—No, bueno, sí, lo estoy —me aclaro la garganta y bebo un sorbo de vino para ganar tiempo—. En realidad, estaba pensando en lo guapa que estás.

Iris aparta la mirada y sonríe con timidez mientras un ligero rubor se extiende por su escote y mejillas.

—Eres tonta —susurra divertida.

—¿Lo de pedir un reservado en este restaurante es porque piensas hacerme algo indecente?

—¿Te sueles excitar después de cada entrenamiento? —bromea, descalzándose y colando su pie derecho entre mis piernas.

—Solo cuando mi novia me mira mientras me ducho y no me hace nada.

—No te creas que no me costó —admite, presionando ligeramente mi sexo con los dedos —. Pero me hubiese muerto si alguna de tus compañeras entra en ese instante.

—Somos todas mujeres adultas, se habrían dado la vuelta y ya está, asunto zanjado —le

aseguro, sujetando su pie para que no se separe y frotándome contra él.

La voz del camarero que entra justo en ese momento para preguntar si hemos decidido nos interrumpe. Nos separamos de inmediato, como dos adolescentes que acaban de ser pilladas por el padre de una de ellas.

—Tomaré un salmón a la plancha con limón y eneldo —solicita Iris, que se ha puesto roja como un tomate.

—Excelente elección, ¿Y para usted? —pregunta el camarero, girándose hacia mí.

—Para mí un solomillo a la pimienta. Poco hecho, por favor —respondo tratando de no reírme.

Cuando el camarero se retira, observo que Iris juguetea nerviosa con la servilleta, como si algo le preocupase.

—Mira, en realidad, lo del reservado es porque me da pánico que nos saquen fotos. En el fondo soy una persona bastante tímida y nunca me ha gustado salir en los medios de comunicación, ni siquiera en las revistas especializadas de medicina. Arya se dedica a buscarte por Google, supongo que para ponerme nerviosa, le encanta martirizarme, y cada vez que sales con alguien conlleva fotos y comentarios de tus fans y…

—Es solo los primeros días, por la novedad, ya sabes —me interrumpe.

—Algunos de esos comentarios son realmente crueles, Anna. Critican cada imperfección —protesta—. Y eso que sueles salir con modelos. Cuando me vean a mí, me van a crucificar.

—Son más bien aspirantes a modelo que buscan contactos o unos minutos de fama —explica—. Y no te cambiaría por todas ellas juntas. En cuanto a los comentarios, es solo una minoría, lo mejor es no hacerles caso. Supongo que alguna de ellas prefiere verme soltera, no lo sé, quizá se hace la ilusión de conocerme algún día en persona y que pueda funcionar. Es difícil de saber lo que se les pasa por la cabeza, pero son casos aislados. En cualquier caso, ellas no ven a la auténtica Anna Forling, solo a una futbolista famosa. A ti, en cambio, ni siquiera te gusta el fútbol, eres la única que está conmigo por quién de verdad soy.

—De repente me he vuelto muy aficionada y te recuerdo que mi familia proviene de Argentina —bromea, cogiendo mi mano para besarme los nudillos.

Y empiezo a creer que el restaurante tiene una cámara por la que puede observar lo que ocurre en el reservado, porque, de nuevo, el camarero entra en el momento menos adecuado, cortando la conversación.

Al dejar los platos sobre la mesa, el sabroso aroma de mi solomillo se mezcla con el del salmón a la plancha de Iris, consiguiendo que se me haga la boca agua de inmediato.

Comemos en silencio durante un rato, como si estuviésemos meditando por separado las implicaciones de la charla que estábamos teniendo. Y, mientras lo hacemos, no puedo evitar sorprenderme del contraste entre nosotras. Iris corta su salmón con precisión, casi como si estuviese en un quirófano y lo degusta con calma. Yo apenas me detengo entre bocado y bocado, engullendo la carne poco hecha como si no hubiese comido en una semana. Es como si fuese un reflejo de nuestra relación, su calma equilibra de algún modo mi energía.

—No quiero esconderme —suelta de pronto.

—Por mí, perfecto —le aseguro—. De todos modos, hoy has estado muy natural en el campo de fútbol delante de mis compañeras de equipo.

—Y de Jodi —me recuerda—. Aunque es diferente a que tus fotos salgan en alguna revista o en internet, pero, en cualquier caso, no quiero esconderme —repite.

—Hablando de Jodi… —suspiro, haciendo una pausa para ordenar mis palabras.

—¿Qué pasa con ella?

—Es que… no sé, últimamente parece rara —confieso.

Iris deja los cubiertos en el plato y me observa, la expresión de su rostro cuidadosamente neutra.

—Rara, ¿en qué sentido?

—Rara en el sentido de muy intensa. A ver, siempre lo fue, pero ahora me manda un montón de mensajes, me llama constantemente. Sé que es mi fisioterapeuta y está preocupada por mi rodilla, pero… me parece excesivo.

Se queda callada unos instantes, acariciando con la punta de los dedos el borde de su copa de vino.

—Supongo que hay que tener en cuenta su perspectiva. Tu recuperación es una prioridad para tu club y, por lo tanto, para ella profesionalmente. Quizá simplemente está preocupada por su propia carrera.

—Vale, quizá me estoy poniendo un poco paranoica —reconozco con un hilo de voz, sin querer comentarle lo ocurrido cuando se enfadó en mi casa y comparó a Iris con Alisha.

—Yo no he dicho eso. Tus sentimientos son válidos y si el comportamiento de Jodi te incomoda de algún modo es algo que debemos tratar. Solo te digo que quizá está sometida a mucha presión —explica.

Y, mientras discutimos las bondades del tiramisú sobre la crème brûlée para compartir nuestro postre, pronto, Jodi pasa a ser solamente un eco lejano. Quizá algo que habrá que abordar en algún momento, pero que ahora palidece ante cada sonrisa que me dedica la mujer que tengo frente a mí.

Capítulo 15

Anna

Las gotas de sudor recorren mi espalda mientras me esfuerzo en una nueva sesión de entrenamiento. Poco a poco, hemos ido subiendo el nivel de exigencia. Mi rodilla protesta, pero aguanta sin mayor problema.

—¡Muévete más rápido, Forling! —grita desde la banda el entrenador, crispándome los nervios.

Iris me mira atenta, aunque con cierta preocupación por la intensidad del entrenamiento de hoy. Ha venido casi todos los días en estas últimas dos semanas, aunque tan solo sea un rato, haciendo un hueco en su apretada agenda.

—¡Forling, te mueves más lenta que una tortuga reumática! —insiste el entrenador, que hoy está especialmente enfadado por algún motivo que desconozco.

Acelero el ritmo y de pronto…

Dolor.

Un dolor punzante en la rodilla.

—¡Joder! —mascullo entre dientes, deteniéndome de inmediato.

Antes de que me quiera dar cuenta, Iris se encuentra ya a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunta, cogiéndome por el codo para que me detenga.

—No pasa nada —protesto, quitándomela de encima con un gesto más brusco de lo necesario.

Pero ni ella ni yo nos creemos mis palabras. La rodilla me palpita, es un dolor sordo que se extiende hacia fuera y el pánico se apodera de mí. No, no puede estar pasando, no ahora que estoy tan cerca.

—¡Es suficiente por hoy! Está forzando demasiado —anuncia Iris, dirigiéndose al entrenador que se queda parado, sin saber cómo reaccionar.

Aprieto los puños y siento una mezcla entre frustración y miedo. Aun así, dejo que Iris me conduzca fuera del campo, demasiado consciente de su mano en la parte baja de mi espalda mientras caminamos.

—Quiero ver esa rodilla ahora mismo —anuncia en cuanto llegamos a los vestuarios.

Me quito las botas y me tumbo en uno de los bancos, trato de no pensar en las posibles consecuencias de una nueva lesión mientras Iris examina mi rodilla, aunque es totalmente imposible no preocuparse.

—Por favor, dime que no es nada —suplico, escondiendo mi rostro entre las manos.

—No te lo puedo asegurar sin una resonancia magnética —responde concentrada.

—¡Y una mierda, Iris! Tú eres la jodida experta, dime lo que piensas —insisto, alzando la voz.

—Creo que estamos presionando demasiado, demasiado rápido —explica.

—¿Y ahora qué, joder? ¿Qué hago? La puta temporada se acaba —chillo, pegando un golpe sobre el banco de madera.

—Ahora, evaluamos esa rodilla con calma y decidimos con todos los datos en la mano, Anna. Lo hacemos con la cabeza y no con el corazón. Sé que tienes más ganas que nadie de volver a salir al campo, pero la recuperación debe llevar el ritmo adecuado.

Escondo de nuevo el rostro entre las manos y se me escapan las lágrimas.

—¡Qué mierda, joder! —mascullo con rabia.

—Anna, mírame —la voz calmada de Iris me saca de estar al borde de un ataque de nervios—. Vamos a resolver esto, ¿vale? No es nada malo, no lo creo, simplemente es un pequeño contratiempo, pero nada más —asegura.

Asiento lentamente con la cabeza, tratando de forzar una sonrisa que no llega a reflejarse en mis ojos y, cuando comienzo a desnudarme para darme una ducha antes de acompañar a Iris al hospital, la puerta de los vestuarios se abre de golpe.

—¡Necesito ver esa rodilla! —grita Jodi sin ni siquiera saludar.

—Vamos a hacer una resonancia magnética en el Watson Memorial —responde Iris, colocándose entre nosotras con los brazos en jarra.

—Con el debido respeto, doctora Ramírez —protesta Jodi—, llevo trabajando a diario con Anna desde hace años y conozco sus límites. Creo recordar que ni siquiera llevas su caso, así que no entiendo en calidad de qué estás opinando.

Me quedo observándolas con la boca abierta, sin saber qué responder. Nunca he visto a Iris enfadada, pero juraría que el comentario de Jodi no le ha hecho ninguna gracia.

—Hemos acordado con los servicios médicos del club que toda la planificación de la recuperación se dirigiría desde el Watson Memorial. Que yo sepa, trabajas para este club de fútbol, así que si tienes problema con eso, lo hablas con tus superiores —se queja Iris, alzando la voz.

—Quizá estaría mejor que me dejases hacer mi trabajo en vez de estar interfiriendo de continuo —ladra Jodi, que no parece dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Estás a un paso de que hable con el jefe de los servicios médicos del club y de quedarte sin trabajo —amenaza Iris, manteniendo una calma aterradora.

—Vale, suficiente. ¡Dejadlo ya! ¡Las dos! —chillo—. Iris, si quieres llevarme al hospital para que me hagan una resonancia, vale, pero ¿podemos hacerlo sin dramas?

Jodi deja escapar un ligero bufido de frustración y da media vuelta, abandonando el vestuario con un portazo, mientras Iris me observa con una expresión a medio camino entre la preocupación y el arrepentimiento.

—¿Sigues celosa? —inquiero alzando las cejas.

—No tiene nada que ver con los celos, joder —protesta—. Es una situación potencialmente peligrosa. Ya te he dicho que no creo que haya ningún problema de gravedad, pero sin una resonancia magnética no se puede saber, por mucho que se empeñe la gilipollas esa en que conoce muy bien tu rodilla.

—Vale, estás celosa.

—Vamos al hospital, ni siquiera te duches.

—¿No me vas a responder, doctora Ramírez? ¿Estás un poquito celosa? —bromeo, cogiéndola por la cintura para besarla—. ¿Seguro que no prefieres que me duche delante de ti? No quiero ir al hospital oliendo mal —ironizo, levantando el brazo y pretendiendo olerme la axila—. Quizá podrías ayudarme en la ducha para que no me caiga.

***

Casi una hora más tarde me encuentro en el despacho de la doctora Anderson, su pelo rubio recogido en una coleta alta y la expresión seria, mientras observa junto a Iris las imágenes de la resonancia magnética.

Discuten mi caso con insoportable detalle. La mayor parte de las palabras se me escapa, un revoltijo de jerga médica que bien podría ser arameo. Aun así, entiendo lo esencial, mi

rodilla no se está recuperando todo lo rápido que esperaban y les preocupan los daños a largo plazo si presionamos demasiado.

—En resumidas cuentas, tienes que ir más despacio —anuncia la doctora Anderson, girándose hacia mí.

—No.

La palabra sale de mi boca antes incluso de que pueda pensarla. Pero, es un "no" rotundo, inapelable.

—Debo volver al campo antes de que acabe la temporada, todavía tengo la renovación de mi contrato en el aire y…

—Anna —interrumpe Iris—. Si no te tomas las cosas con más calma, quizá no haya una temporada a la que volver.

Sus palabras me golpean como si me cayese encima una tonelada de ladrillos. Me desplomo en la silla, casi sin fuerzas. Hundida.

—¿Quieres que me rinda? —inquiero confusa.

—Nadie ha hablado de rendirse —corta Violet—. Solo un ritmo de entrenamiento menos severo.

—Pero, mi contrato está en el aire —insisto.

—Cualquier equipo tendría suerte de tenerte en sus filas si te recuperas al cien por cien. Además, hablamos de regresar a los terrenos de juego a tiempo para el último partido o quizá los dos últimos.

—¿Y si no es así? ¿Y si nunca consigo volver? —suspiro.

—Entonces, averiguaremos el siguiente movimiento juntas —susurra Iris, cogiendo mi mano entre las suyas y apretándola ligeramente.

Y, curiosamente, hay algo en la forma en que lo dice, en la tranquila convicción de su voz, que me deja sin aliento. Busco su mirada y encuentro en ella la fuerza a la que quiero aferrarme desesperadamente.

Ya en el salón de mi casa, sentada junto a Iris con una copa de vino en la mano, mis miedos se niegan a desaparecer.

—Eres mucho más que una jugadora de fútbol —insiste—. Eres inteligente, carismática, tienes muchos conocimientos sobre este deporte. ¿Has pensado alguna vez en entrenar a la próxima generación de niñas? Serías un referente para ellas.

—¿Entrenadora? Probablemente, mataría a la mitad del equipo la primera semana —bromeo.

—Inspirarías a esas niñas —insiste y por unos instantes, la idea no me parece tan descabellada.

Capítulo 16

Anna

El balón pasa zumbando junto a mi oreja, recordándome que ya no soy tan rápida como antes. Tres niñas de unos once años vienen corriendo a buscarlo y se detienen, mirándose unas a otras, posiblemente preguntándose si es real lo que estén viendo.

—Eh, superestrella, ¿vas a quedarte ahí parada o vas a enseñarle un par de trucos a estas crías?

La voz de Natasha me saca de mis pensamientos. Jugamos juntas hasta que se retiró hace cinco años y conservamos una buena amistad. Cada cierto tiempo, insiste en que me pase una tarde por su escuela de fútbol para hacerme unas fotos con las niñas y darles algún consejo. Siempre he puesto alguna excusa, pero la charla con Iris me hizo pensar.

Yo nunca tuve un referente, tampoco la suerte de entrenar en una escuela de fútbol con una jugadora que fue profesional. Jugaba en las calles, recibiendo patadas de los niños, hasta que alguien me vio y me ofreció entrenar con un equipo de verdad.

—No sé qué decir —me quejo, bajando el tono de voz para que nadie me escuche.

—Por el amor del cielo, eres la jodida Anna Forling. Esas niñas estarán encantadas tan solo con que aparezcas ahí y respires. Solo saluda, saca alguna foto con ellas, firma unos autógrafos y sé tú misma —insiste Natasha.

—Bueno, respirar se me da bastante bien —bromeo nerviosa.

—¡Chicas! ¿Quién quiere aprender algunos trucos de la mejor? —grita mi amiga, prácticamente tirando de mí para que me ponga delante de sus jugadoras.

La respuesta es inmediata y ensordecedora. Docenas de voces estallan en chillidos, sus manos se levantan en el aire, me miran con entusiasmo y pronto se me olvidan los nervios.

—¿Puedes hacer una chilena? —pregunta una niña pelirroja con la cara llena de pecas.

—Sí, como el gol que metiste en el último mundial —añade otra.

Trago saliva y me asaltan los recuerdos de aquel partido, de mis días de gloria, cuando me creía invencible. El rugido del público, la tensión de tener el balón en los pies. Sensaciones que quizá no vuelva a experimentar.

—Es mejor que no intente ese tipo de cosas todavía —me disculpo—. Mi rodilla se está recuperando de una lesión.

—Yo estuve dos semanas sin poder jugar por un golpe —chilla una niña con rizos.

Sonrío y alzo las cejas. Seguramente, para ella esperar dos semanas sin jugar haya sido casi tan largo como para mí este proceso interminable.

Pronto, Natasha coloca a las jugadoras en grupos y me sorprendo a mí misma disfrutando como una de ellas mientras corrijo su técnica. Me miran con los ojos muy abiertos, absorbiendo como auténticas esponjas cada comentario o consejo.

—¿Anna? —una niña de unos seis años tira de mi camiseta, colocándose a mi lado—. ¿Puedes enseñarme a hacer eso otra vez? No me sale.

—Claro, ya verás cómo lo vas a conseguir si lo sigues intentando —le aseguro, inclinándome para colocar un mechón de pelo detrás de su oreja—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Zoe y algún día seré mejor que tú —agrega, levantando orgullosa la barbilla.

—¿Ah, sí? Pues entonces tendrás que entrenar muy duro. ¿Estás lista?

La chiquilla asiente rápidamente con la cabeza y durante la siguiente hora me pierdo en la simple alegría del juego. Demuestro cómo hacer un regate, corrijo posturas, doy ánimos, me saco fotos junto a ellas. El dolor en mi rodilla no es más que un eco lejano, sustituido por una felicidad que apenas recordaba.

Tras una foto de grupo para el recuerdo y después de que las más pequeñas me llenen de besos y abrazos, tengo que parpadear varias veces para que las lágrimas no rueden por mis mejillas.

—¡Vaya éxito, chica! Y eso que decías que no te gustaban los niños —exclama Natasha, acariciando mi hombro.

—No pensé que fuese una experiencia tan bonita —admito, encogiéndome de hombros.

—No siempre es así de divertido, pero te aseguro que da muchísimas satisfacciones —asegura mi amiga.

De algún modo, sus palabras calan hondo dentro de mí. Mientras el sol comienza a pintar de tonos rosas y dorados el horizonte y las niñas se marchan con sus padres, me abrazo a Iris sin saber muy bien qué decir.

—Ha sido intenso, ¿verdad? —pregunta.

—Siempre pensé que odiaría cualquier cosa que no fuese jugar al fútbol, que cuando me retirase no querría nada cerca de un balón… pero esto… ha estado bastante bien —reconozco.

—¿Ah, sí?

—A ver, quiero volver a jugar, pero…

—De momento vamos a casa a poner un poco de hielo en esa rodilla —susurra, cogiéndome de la mano.

Una hora más tarde, estamos tiradas en mi sofá, con un par de cajas vacías de pizza sobre la mesa e intentando, entre beso y beso, seguir la trama de una película demasiado aburrida.

—¿Te ocurre algo? Llevas diez minutos muy callada —pregunta, acariciando suavemente mi espalda.

—Solo pensaba.

—¿Te duele la cabeza?

—¿Eh?

—Nada, tonta, de pensar… es un chiste malo, perdona.

—Eres idiota, joder —bromeo, tirándole una almohada.

Iris se ríe, una risa auténtica, pegadiza. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto con alguien, quizá nunca.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquiero, bajando el tono de voz.

—Te acabas de poner muy seria.

—¿Crees… crees que sería una buena madre? —suelto con miedo.

—Creo que serías una madre increíble —susurra Iris, inclinándose para besar mi frente.

Capítulo 17

Anna

El sol apenas comienza a asomarse por la ventana cuando unos ruidos me despiertan. Iris ya se ha ido, debía preparar una cirugía a primera hora de la mañana. Bajo las escaleras con cautela, todavía en ropa interior cuando, de pronto…

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto confusa, restregándome los ojos con pereza.

Me quedo inmóvil, con un pie sobre el último escalón. Echo un rápido vistazo al reloj de la pared. Las ocho y cuarto de la mañana.

—Jodi, ¿qué haces aquí? —repito.

Me mira desde el sofá del salón, tranquila, como si fuese la dueña del lugar. Se le escapa una sonrisa extraña al ver que estoy prácticamente desnuda y, de repente, a pesar de que me ha visto así un montón de veces, me siento expuesta. Cruzo los brazos sobre el pecho, notando cómo se me pone la piel de gallina.

—He venido a trabajar en tu rodilla —responde con calma, su mirada clavada en mis bragas durante demasiado tiempo.

Parpadeo varias veces, tratando de comprender. No tenía ninguna sesión programada para hoy, de eso estoy segura. Frunzo el ceño en un intento por recordar si en algún momento le entregué las llaves de mi casa. Estoy segura de que nunca lo hice, pero dormí poco esta noche y la falta de sueño me afecta demasiado como para pensar con claridad.

—¿Empezamos? —pregunta, señalando con el dedo hacia una camilla plegable que ha montado junto a la mesa del comedor.

—Vale, deja que me ponga una camiseta.

Hace un gesto extraño, poniendo los ojos en blanco. Sé que me ha visto desnuda muchas veces, no es algo que me preocupe, pero, por algún motivo que desconozco, hoy no me siento a gusto.

Cuando regreso de mi habitación, el aroma familiar del aceite de romero inunda el ambiente y no puedo evitar arrugar la nariz. Demasiado fuerte para mi gusto, aunque a Jodi le encanta usarlo.

Cierro los ojos, intentando relajarme mientras sus manos comienzan a trabajar en mi pantorrilla. Permanecemos un buen rato en silencio y una pregunta un tanto incómoda me saca del trance.

—¿Cómo van las cosas con la doctora Ramírez?

De manera involuntaria, me tenso al escucharla.

—Bien, todo bien —susurro, sin saber muy bien qué decir.

Sube los dedos, acariciando mi muslo más arriba de lo habitual. Los desliza por el interior, peligrosamente cerca de mi sexo, y me revuelvo incómoda en la camilla de masaje.

—Jodi, creo que es suficiente, tengo un poco de prisa esta mañana —miento.

—¿Estás segura? —sisea, haciendo resbalar la yema de sus dedos prácticamente hasta mis pliegues.

—¿Qué coño haces? —protesto, alzándome de la camilla como un resorte y fulminándola con la mirada.

—Tranquila, chica. Solo quería que te relajases un poco, te noto muy tensa.

Responde sin inmutarse, manteniendo la calma, como si tocarme entre las piernas mientras me da un masaje fuese una parte habitual de su trabajo.

—Y una mierda, Jodi. Eso no forma parte de ningún tipo de masaje terapéutico y lo sabes —la corto, cerrando instintivamente las piernas mientras hablo.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan tímida? —pregunta con una extraña mueca. En sus ojos se refleja algo extraño; dolor, ira, no estoy segura, pero desaparece en un instante, sustituido por una sonrisa—. Venga, no seas tonta, te ayudará a relajarte—insiste.

—Es mejor que te vayas —suspiro, señalando la puerta con el dedo índice.

—¿Después de todo lo que he hecho por ti estos años? Si te has mantenido sin lesiones hasta ahora ha sido gracias a mí, ¿lo sabes? Pero, claro, como ahora te folla una doctora, piensas que no soy suficiente para ti —expone alzando la voz.

—¿De qué hablas, Jodi? Nunca hubo nada entre tú y yo, ni lo habrá. Mucho menos ahora que estoy con Iris.

—¿Finges los orgasmos para tenerla contenta? Porque no creo que lo que te hizo ayer consiga que ninguna mujer se corra —espeta de pronto, helándome la sangre.

—¿Qué?

—¿Le pone a tu doctora que gimas su nombre mientras finges que te corres?

—¡Lárgate de una vez, Jodi!

—No te merece, joder, Anna. Yo te haría disfrutar mucho más. Esa mujer ni siquiera está buena. Lo que te hizo anoche, mierda, ni siquiera sabe cómo hacerlo. Lo habrá buscado por internet o algo, pero no sabe cómo hacerlo.

Tiemblo nerviosa. No entiendo lo que ocurre, aunque mi corazón late con tanta fuerza que amenaza con salirse del pecho. Esto no puede estar pasando.

—Jodi, tienes que irte ahora mismo —exijo, alzando el tono de voz.

—¿Irme? Anna, yo podría hacerte sentir cosas que ni siquiera puedes imaginar.

—¡Basta! —chillo, mi respiración entrecortada—. ¡Hablaré con el club hoy mismo! Lárgate de mi casa y no vuelvas nunca más.

Por un instante, Jodi se me queda mirando, agitada. A continuación, antes de que pueda reaccionar, se lanza hacia delante y agarra mi rodilla operada, retorciéndola con fuerza.

Grito, sintiendo cómo una oleada de dolor estalla en mi pierna, agudo, cegador. Instintivamente, llevo las manos a mi rodilla mientras mis ojos se llenan de lágrimas de impotencia. Ni siquiera puedo reaccionar, estoy confusa, aterrada, dolorida. Me gustaría permanecer más serena y cruzarle la cara de un puñetazo, pero un solo pensamiento nubla mi mente: mi carrera como futbolista ha llegado a su fin.

Capítulo 18

Anna

El dolor. Un dolor agudo, punzante, lo consume todo. Explota en mi rodilla como si fuese una granada.

En cuanto Jodi sale de la casa con un portazo, me derrumbo en el suelo y mi mundo se reduce a ese único punto de agonía. La madera del salón me aprieta la mejilla, fría e indiferente a mi sufrimiento. Cojo la rodilla entre las manos, llorando. ¿Qué demonios ha ocurrido? No comprendo nada.

Temblando, cojeo escaleras arriba en busca de mi teléfono móvil para llamar a Iris, pero en el momento en que desbloqueo la pantalla, la realidad me golpea como un tren de mercancías.

¿Jodi estuvo anoche en mi casa? ¿Lo vio todo? ¿Lo tiene grabado?

—No, joder, no —mascullo entre dientes, mordiendo mi labio inferior hasta que siento el sabor de mi propia sangre—. Esto no puede estar pasando. Necesito hablar con ella.

Un tono de llamada. Dos. Tres.

—Vamos, contesta, por favor…

—¿Anna? ¿Ocurre algo?

El tono de voz de Iris, por lo general tranquilo y sereno, muestra una nota de sorpresa.

—Te necesito, por favor… mi rodilla —sollozo—. Creo que me he hecho algo en la rodilla.

—¿Cómo que te has hecho algo en la rodilla? ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —pregunta confusa.

—Por favor, ven a mi casa. Te necesito.

—Vale, quédate ahí. Procura no moverte, llegaré en media hora. Deja que hable con Arya para que Violet se encargue de la operación que tengo programada.

—Me duele, Iris, no puedo apoyar la rodilla. Todo… todo se acabó —balbuceo.

—Respira hondo y trata de calmarte, ¿vale? ¿Puedes hacerlo? Estoy contigo en media hora. Cálmate, por favor y no hagas ningún movimiento hasta que vea esa rodilla —insiste.

La llamada se corta antes de que pueda responder. Aprieto el teléfono contra el pecho y no puedo dejar de llorar. Ni siquiera sé cómo explicarle que Jodi se ha vuelto loca y ha destrozado mi carrera para siempre… ¿cómo explicarle que ha estado en mi casa y ha visto lo que hicimos anoche?

El tiempo se niega a avanzar, cada minuto dura una eternidad. Cada ligero movimiento de mi pierna envía nuevas oleadas de dolor que irradian hacia fuera. Cierro los ojos, tratando de aislar mis pensamientos, pero toda mi mente está acelerada. Me imagino dando una rueda de prensa, anunciando mi adiós definitivo al fútbol profesional. Las miradas de compasión de mis compañeras de equipo… el final de todo.

Y luego se me ocurre. Podría ser peor… mucho peor.

No tengo miedo por mí, pero si Jodi nos ha grabado… entonces Iris…

Joder, no puede ocurrir, no puedo hacer pasar a Iris por esto.

La llave girando en la cerradura me devuelve a la realidad.

—¿Anna? ¿Dónde estás? —grita Iris desde la entrada.

Le indico que estoy en el dormitorio principal, pero mi propia voz suena débil.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo te lo has hecho? ¿Has resbalado? —pregunta, empezando a examinar mi rodilla.

—Jodi, ha sido Jodi —admito entre sollozos. La más leve presión de sus dedos me produce un dolor agudo.

—¿Jodi? Ahora me cuentas, deja que examine bien la rodilla. Sé que duele, pero aguanta, ¿vale?

—Jodi estuvo aquí esta mañana. No sé por qué tiene las llaves de la casa. Me retorció la rodilla —explico de manera entrecortada.

—¿Qué?

—Hay más, Iris —agrego, escondiendo el rostro entre las manos—. Creo que… creo que ha estado aquí ayer por la noche. Ha visto lo que hicimos —confieso abrazándome a su cuerpo.

—¿Ha visto lo que hicimos? ¿Cómo lo sabes? —inquiere mientras trata de calmarme besando mi mejilla.

—Me lo ha dicho, con detalles.

—¡Joder! —masculla—. ¿Crees que puede tener cámaras? No ha podido estar mirando. ¿Puede haberlo grabado?

Me vengo abajo de nuevo al escuchar sus palabras. Si lo ha grabado y lo publica… Iris…

—Tengo que hacerte pruebas en el hospital, Anna. Esa rodilla… no pinta nada bien —suspira.

—¿Y si no vuelvo a jugar?

—No saltes pasos, primero hay que hacer pruebas y evaluar el estado de los ligamentos. Ahora, vamos a llamar a la policía. Tenemos que denunciar lo de esa loca.

—No, no, eso atraería mucha publicidad. No puedo…

—Shh —me calla con un suave beso en los labios—. Voy a llamar a un amigo. Hace unos meses operé a su mujer, pensaban que no volvería a caminar y está muy agradecido. Es el dueño de una de las mejores empresas de seguridad de Nueva York. Le pediré que eche un vistazo a la casa y será totalmente confidencial. Pero, Anna, si descubre cámaras en tu dormitorio… debemos hablar con la policía.

Apenas la escucho, simplemente asiento con la cabeza, demasiado estresada con toda la situación. El mundo parece implosionar a mi alrededor; la lesión, el final de mi carrera deportiva, una posible grabación mientras hacía el amor con Iris.

—Joder, y tuvo que haber sido justamente anoche… —me quejo.

—Anna, si tiene grabaciones es algo muy grave. Me da igual que ayer por la noche hayamos hecho cosas algo más inusuales. Es una violación de nuestra intimidad y un delito.

—No puedo perderlo todo de golpe —balbuceo, apretando su cuerpo con fuerza.

—Lo arreglaremos, ya lo verás —me asegura.

Me aferro a esa posibilidad como si fuese un salvavidas en medio de un naufragio, pero me fallan las fuerzas, se me acaba la esperanza. Todo se ha ido a la mierda.

Iris

—La casa está llena de micro cámaras y micrófonos, en especial el dormitorio —anuncia el experto en seguridad con el rostro muy serio y todo mi mundo se viene abajo.

—Joder, Trey. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Crees que tiene grabaciones? —inquiero con preocupación.

—Estoy completamente seguro de que tiene grabaciones. Abundantes grabaciones —

añade—. Nadie se toma tantas molestias si no va a utilizar esas cámaras para grabar.

—Madre mía, Iris. Siento haberte hecho esto —musita Anna, que no ha parado de llorar desde que entré en la casa.

—Tú no has hecho nada. Es una loca psicópata y hay que avisar a la policía cuanto antes. No solo ha entrado en tu casa sin permiso y ha llenado de cámaras tu dormitorio, también te ha agredido —indico, rodeando su cintura con los brazos y apretándola contra mi cuerpo.

Entiendo su miedo, pero…

—Trey, Anna es una persona muy conocida y no sería conveniente que esto se filtre —confieso con miedo, ponderando mis palabras mientras pienso en todas las cosas que hicimos anoche y que ahora mismo podrían estar en alguna página web de vídeos porno y podrían ser vistas por cualquiera.

—Tengo una buena amiga en la unidad de delitos informáticos de la policía de Nueva York. Una antigua hacker. Hablaré con ella, es de total confianza. Nadie sabrá lo ocurrido, puedes estar tranquila —me asegura, colocando ambas manos sobre mis hombros—. Pero, Iris, si ha decidido compartir esas grabaciones… sabes que será muy difícil de parar. Por mucho que lo intentemos siempre habrá una copia por ahí que puede aparecer en cualquier momento. Eres consciente de eso, ¿verdad?

—Lo sé. ¿Puedes encargarte tú? Necesito hacer unas pruebas médicas en la rodilla de Anna lo antes posible y en estos momentos las dos estamos demasiado nerviosas como para enfrentarnos a esta situación —ruego, a punto de ponerme a llorar yo también.

Capítulo 19

Iris

—Mierda, joder, justo lo que necesitaba en estos momentos —mascullo al leer el email de Recursos Humanos.

Mi mente se acelera, repitiendo en mi memoria cada interacción con Anna mientras era mi paciente, buscando cualquier cosa que pueda ser malinterpretada.

La veo antes de que ella me vea a mí. Regresa del despacho de Violet, su pelo recogido en una cola de caballo que se ha hecho con demasiada prisa, los ojos ligeramente hinchados y rojos de haber estado llorando.

—¿Ocurre algo? —pregunta al verme pegada a la pantalla del ordenador, repasando una y otra vez el correo electrónico de Recursos Humanos como si pretendiese memorizarlo.

—Esto es horrible —suspiro—. Ahora, algún imbécil ha puesto una denuncia en el departamento de Recursos Humanos del hospital alegando comportamiento inadecuado con una paciente.

—¿Conmigo?

—¿Con quién coño va a ser, Anna? —respondo alzando la voz más de lo necesario fruto del estrés y la frustración.

—¿Y eso te preocupa?

—Pues sí.

—Ah, claro, porque no tenemos problemas muchísimo mayores que ese, como por ejemplo que mi carrera profesional se vaya a la mierda o que en cualquier momento puedan aparecer vídeos de nosotras dos follando desnudas en mi cama —espeta enfadada.

—No es que eso no me preocupe, joder. Me preocupa mucho, pero no hay casi nada que pueda hacer. Con tu rodilla, hasta que tengamos todas las pruebas no podemos saber el proceso a seguir. Quizá haya que volver a operar y será una auténtica putada, o puede que no merezca la pena hacerlo y debas cambiar de profesión. Pero no hay nada que yo pueda hacer a corto plazo. Con los vídeos pasa algo similar, me preocupa mucho, nadie quiere aparecer desnuda por internet, pero la detective Álvarez ya se está ocupando junto a la tal Crow esa, la hacker que conoce Trey. De nuevo, no hay nada que yo pueda hacer a corto plazo.

—Sí, porque es más fácil quedarse de brazos cruzados y preocuparse por una mierda de queja a no sé qué departamento del hospital —chilla.

—Potencialmente, es algo muy grave, Anna y enfadarte conmigo no va a solucionar ninguno de los problemas que tenemos ahora mismo —explico, tratando de mantener la calma.

—¿Y cómo lo va a solucionar quedarnos sentadas mientras esperamos a que otras personas arreglen nuestro destino? Yo no puedo quedarme de brazos cruzados, Iris. No estoy hecha para esto, voy a salir en busca de Jodi y arrancarle la puta cabeza —grita, atrayendo las miradas curiosas de un grupo de enfermeras.

—Esto es un hospital —le recuerdo—. No estás en un campo de fútbol, así que deja de gritar, y a Jodi ya la está buscando la policía. ¿Qué te hace pensar que tú la vas a encontrar antes que ellos? Y, suponiendo que lo hagas, si la agredes, vas a tener un nuevo problema

que añadir a todo lo que ya tenemos. Entiendo que estés así, pero…

—¿Lo entiendes? —me interrumpe con un nuevo grito y sus palabras son como si recibiese una bofetada—. Porque desde mi punto de vista parece que simplemente te das la vuelta, miras para otro lado y aceptas todo lo que nos ocurra, aunque vaya a joder nuestras vidas.

—Eso no es justo, Anna —protesto, tratando de que no se me quiebre la voz—. Hago lo que puedo para protegernos a las dos, pero está estallando todo de golpe y…

—¡Pues a mí no me parece suficiente! —replica enfadada, pegando un fuerte manotazo en mi mesa—. Tú sigue con tu mierda de acusación en Recursos Humanos y deja que la carrera de tu novia se vaya a la mierda o que envíen los putos vídeos a todos tus contactos. Ya verás lo contentos que van a estar los del Consejo de Administración del hospital.

Tomo una gran cantidad de aire y la expulso lentamente con un largo soplido. De pronto, me levanto de la silla, necesito espacio.

—Anna, yo… yo no voy a ponerme a discutir ahora —expongo, cerrando los ojos y negando con la cabeza—. Sé que tenemos muchísimos problemas, pero gritarme de ese modo no los va a solucionar.

Me doy la vuelta y salgo de mi despacho, la bata blanca ondeando tras de mí. Necesito acumular toda mi fuerza de voluntad para no mirar atrás. Quiero mantener la calma, pero cada una de sus palabras son como una daga que atraviesa mi corazón, cada acusación duele como si me cortasen la carne, separándola del hueso. ¿Qué puedo hacer? Gritarnos la una a la otra no va a conseguir que Jodi aparezca y destruya los vídeos o que su rodilla se cure de manera milagrosa.

Me refugio en una sala de conferencias vacía y pego la frente al cristal de la ventana. Contemplo los grandes rascacielos del horizonte de Nueva York, gigantes de cristal y acero que normalmente me tranquilizan, pero que hoy tan solo me recuerdan lo pequeña que soy. Lo fácil que puede ser que todo por lo que he luchado se desmorone de golpe como un castillo de naipes.

—Iris —escucho la voz de Anna junto a la puerta. No es más que un susurro, pero no me quedan fuerzas para seguir con esta discusión.

—Necesito estar sola, Anna —mascullo sin ni siquiera darme la vuelta para mirarla.

—Solo quería que supieses que… lo siento —titubea, haciendo una pausa antes de continuar hablando—. No debería haberte dicho esas cosas. Sé que estás haciendo todo lo que puedes y que ha sido injusto por mi parte.

Me giro lentamente hacia ella, buscando su mirada.

—Estoy muy nerviosa —continúa, haciendo chasquear los nudillos—. Mi carrera profesional, la tuya, nuestra relación… todo está en la cuerda floja en estos momentos y no puedo más. No logro manejar mis emociones, nunca he sido buena con eso —reconoce—. Y estoy muy… —se detiene, parece perdida.

—¿Asustada?

Anna asiente lentamente con la cabeza, tragando saliva.

—Sí, aterrorizada, en realidad. Y cuando estoy bajo mucha presión reacciono así. Sé que no es una excusa… pero es la verdad.

—Yo también tengo miedo, Anna. Es una situación muy grave, todo lo que nos está pasando. Cualquiera de estos problemas por separado puede ser devastador, pero gritarnos no lo va a mejorar.

—Lo sé, es que…

—¿Cuántas veces te han expulsado por gritar a las árbitras? —interrumpo.

—Unas cuantas —suspira.

—¿Y mejoró la situación?

—No, la empeoró —confiesa.

—Pues esto es igual, Anna. Debemos hacer lo que esté en nuestra mano y ayudar a la policía o a Violet con el resto de las cosas, pero enfadarnos entre nosotras no ayuda.

—No poder controlar algo tan serio es aterrador —admite, acercándose a mí para dejarse abrazar.

—Son cosas que ocurren. En el quirófano, muchas veces, debo tomar una decisión en fracciones de segundo que podría cambiar para siempre la vida de mi paciente. Y es aterrador.

—¿Cómo lo haces? —susurra junto a mi oído, acariciándome la espalda con suavidad.

Me encojo de hombros, tratando de expresar con palabras algo que nunca antes había explicado.

—Supongo que confío en mis años de práctica, en el instinto, en mi equipo. Y recuerdo que el miedo no es más que otro reto que superar. Imagino que nada muy diferente de lo que tú haces en el campo de fútbol —añado, besando su mejilla.

—Es la primera vez que persigo a una mujer para pedirle perdón —sisea antes de besarme.

Al principio es un beso suave, tentativo, pero pronto algo cambia y es como si necesitase expresar todas sus emociones en ese beso. Todo su miedo, su frustración, la rabia contenida se desbordan. Me empuja contra la ventana y levanta mi blusa de un tirón en busca de mis pechos.

De pronto, hace una pequeña pausa. Ambas respiramos con dificultad. Apoyo mi frente en la suya, deshaciendo su cola de caballo y peinando su melena entre mis dedos.

—No deberíamos hacer esto aquí —murmuro.

—Probablemente no —asiente, cubriendo de besos mi mandíbula—. Pero no creo que pueda parar.

—Estás loca, Anna Forling.

—Es parte de mi encanto —bromea—. Ahora mismo necesito olvidarme de todo durante un rato.

Dudo un instante, mi mente racional me grita que es una mala idea, pero Anna desabrocha mi sujetador y sus pulgares endureciendo mis pezones es demasiado como para poder resistirme.

—Vamos a mi despacho.

Salimos a trompicones de la sala de conferencias, en mi caso, con el sujetador todavía suelto bajo la blusa, apenas consiguiendo mantener la compostura antes de cerrar la puerta. En cuanto echo el pestillo, Anna me empuja contra la pared y sus besos se hacen cada vez más intensos.

—Tiene que ser algo muy rápido —le recuerdo.

—Solo acuérdate de no gritar mientras te corres —jadea antes de lamer con la punta de la lengua detrás de mi oreja.

Lo que sigue es un borrón de sensaciones. Mis pantalones y mi ropa interior por las rodillas, los dedos de Anna abriéndose paso en mi sexo, su aliento en mi cuello. Es todo desordenado, precipitado… absolutamente perfecto dentro de la imperfección.

Escucho el sonido de nuestra respiración agitada mientras bajo sus pantalones, el crujido

de la ropa al movernos la una contra la otra, los suaves gemidos que se escapan de nuestros labios.

Anna jadea cuando alcanzo su sexo, me besa con más pasión, moviendo sus dedos más deprisa, aumentando la presión dentro de mí. Estoy cerca, ella lo nota y aprieta su cuerpo contra el mío, rodeando mi cuello con la mano libre, dejándose llevar por su propio placer.

El orgasmo me invade como una ola rompiendo contra las rocas. Entierro el rostro en su cuello, conteniendo un grito de placer que sé que no puedo dejar escapar en este lugar. Anna me abraza con fuerza mientras suplica que siga un poco más y, pronto, todo su cuerpo tiembla de placer mientras ella también alcanza el clímax.

—Joder, no sabes cuánto necesitaba esto —susurra junto a mi oído.

—Yo también —admito con la respiración entrecortada—. Yo también.

Capítulo 20

Iris

—Vaya, vaya, vaya, la doctora rompecorazones dispuesta a enfrentarse a su pelotón de fusilamiento —bromea Arya cuando voy de camino a la reunión con el departamento de Recursos Humanos del hospital.

—No estoy precisamente para bromas en estos momentos —me quejo, sin ni siquiera tratar de disimular mi nerviosismo.

—Relájate, capulla. Lo tienes todo bajo control. Buena idea lo de pasarle el caso de Anna a Violet, salvaste el culo con esa jugada. Además, voy contigo, ¿qué puede salir mal? —añade, encogiéndose de hombros.

Me detengo en seco al escuchar sus palabras, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Vienes conmigo? ¿Por qué?

—Me gusta verte sufrir. No, en serio, la última vez que lo comprobé seguía siendo la jefa de cirugía de este hospital, no voy a permitir que esos capullos causen problemas a mi mejor cirujana de rodilla. Además, me tienen un poco de miedo —agrega con un guiño de ojo.

Los miembros del comité de Recursos Humanos del hospital nos esperan sentados alrededor de una larga mesa de madera, la expresión de sus rostros refleja una mezcla entre curiosidad y profesionalidad. Arya y yo tomamos asiento y respiro hondo, preparándome para lo que me viene encima.

—Doctora Ramírez —comienza el director de Recursos Humanos—. Hemos convocado esta reunión para investigar una denuncia presentada contra usted por comportamiento inapropiado con una de sus pacientes, la señorita Anna Forling.

—¡Alto ahí! —interrumpe Arya, alzando los brazos y causando estupor en todos los allí presentes—. ¿Quién presenta la denuncia?

Los miembros del comité se miran unos a otros extrañados, uno de ellos revisa el expediente con tranquilidad y levanta la vista hacia Arya.

—Una tal Jodi Wheeler, al parecer es la fisioterapeuta de la señorita Forling —explica con calma.

—¡Ah! Es una prófuga de la justicia. Está en paradero desconocido, huyendo de la ley. Además, está loca. ¿He mencionado que es una psicópata? Caso cerrado —anuncia Arya, levantándose de la mesa ante el asombro de los miembros del comité.

—Doctora Kumari, las normas de este hospital sobre las relaciones entre doctores y pacientes son muy claras y es indiferente si la persona que presenta la denuncia está huida de la justicia o no lo está —anuncia con calma el director de Recursos Humanos, pidiendo con educación a Arya que vuelva a sentarse a la mesa.

—Estoy preparada para responder a esas acusaciones —interrumpo, apretando el brazo de Arya para que no provoque al comité.

Durante la siguiente hora, presento un relato meticuloso de mis interacciones con Anna, respaldado por las entradas en su historial médico, fechadas y firmadas y con declaraciones por escrito de testigos. Les explico, con todo detalle, que mi relación sentimental con Anna comenzó una vez que la doctora Anderson se encargó de su caso, haciendo hincapié en la

estricta separación que mantuve en todo momento entre mi papel como doctora y nuestra implicación personal.

Arya interviene de vez en cuando, cortando cualquier intento por parte de los miembros del comité de tergiversar la línea temporal de mis interacciones con Anna.

—¡Escucha! —alza la voz en medio de la reunión—. Si crees que una cirujana del prestigio de la doctora Ramírez va a jugarse su carrera profesional por follarse a una paciente, por muy buena que esté la futbolista, está claro que no tienes ni idea de lo que hablas. ¡Cíñete a los hechos en vez de hacer especulaciones descabelladas! —protesta.

Los miembros del comité de Recursos Humanos se revuelven incómodos en sus asientos cada vez que Arya toma la palabra, claramente molestos con su intensidad.

—No hace falta que seas tan descriptiva en tus argumentos —susurro, inclinándome hacia ella.

Por fin, el director de Recursos Humanos se aclara la garganta, recoge meticulosamente los papeles que tiene sobre la mesa y comienza a hablar.

—Doctora Ramírez, agradecemos su minuciosidad al abordar este asunto tan espinoso. Dadas las pruebas presentadas y el testimonio de algunos de sus colegas, no encontramos motivo alguno para emprender nuevas acciones. Esta investigación ha concluido, gracias por su tiempo —añade, mirándonos por encima de las gafas.

—¡Toma! —grita Arya, haciendo un gesto triunfal con el puño—. Te dije que era pan comido, capulla.

—Gracias por el apoyo, significó mucho para mí —agradezco una vez que abandonamos la sala.

—Siempre —sonríe Arya—. Ahora, ve a buscar a tu chica, seguro que le viene bien una buena noticia después de toda la mierda que os está cayendo encima.

Asiento con la cabeza y prácticamente galopo por los largos pasillos en busca de Anna. En cuanto llego hasta ella, nos fundimos en un larguísimo abrazo, un vano intento de disipar la tensión que estamos viviendo. Es solo una de las batallas que debemos librar, pero vamos paso a paso.

—¿Te apetece un café para celebrarlo o un whisky doble? —bromea, llevándome de la mano hacia la salida del hospital.

En cuanto pisamos la calle, un movimiento borroso llama mi atención. Jodi aparece de la nada, su rostro contorsionado por la rabia.

—¡Puta zorra! —grita, abalanzándose sobre mí con el puño en ristre.

Es una sensación extraña, el tiempo parece ralentizarse. Me preparo para recibir el impacto, pero Anna se mueve a la velocidad del rayo, empujándome y recibiendo toda la fuerza del puñetazo en la cara.

La sangre brota de su labio inferior mientras se tira contra Jodi y comienza a pegarle golpes. Por suerte, los dos guardias de seguridad de la entrada no tardan en abalanzarse sobre la fisioterapeuta y la reducen en el suelo, aunque la conmoción atrae a una multitud de pacientes, familiares y personal médico que se detienen atónitos a observar o a sacar algunas fotos.

—¿Estás bien? ¡Déjame ver ese labio! —indico, examinando la cara de Anna, que sonríe aliviada a ver a Jodi retenida por los miembros de seguridad.

—Tendrías que ver los golpes que recibo en el campo de fútbol, esto no es nada, aunque me hubiese gustado que esos dos hubiesen sido algo más lentos para darle como se merece —bromea.

—Estás loca —susurro, besando su mejilla sin poder evitar que se me salten las lágrimas.

Dos horas más tarde, ya en casa de Anna, celebrando la resolución de Recursos Humanos con una buena botella de vino tinto, llaman a la puerta.

—No puede ser Jodi, ¿verdad? —bromeo.

—Espero que no, porque si la vuelvo a ver duermo en la cárcel esta noche, te juro que no sale viva —murmura Anna, tratando de levantarse para abrir la puerta, aunque le indico que ya me encargo yo.

Al hacerlo, me encuentro cara a cara con Trey, con la detective Isabella Álvarez de la policía de Nueva York y una mujer joven, con muchos tatuajes que, al parecer, es la misteriosa hacker a la que llaman Crow.

—Esa loca va a tener problemas —explica Trey, sentándose frente a nosotras.

—Como mínimo, se pueden presentar cargos por allanamiento de morada, vigilancia ilegal, grabación ilegal, agresión y violación de la intimidad —añade la detective Álvarez.

—Las grabaciones… —pregunta Anna con miedo—. Me interesa saber qué ha pasado con esas grabaciones. ¿Se puede saber si las ha difundido?

—Las grabaciones estaban en el disco duro de su ordenador… y, ¡joder! ¡Menudas grabaciones! —añade la hacker alzando las cejas y ganándose una mirada asesina de la detective Álvarez—. Bueno, el caso es que hemos utilizado las herramientas más avanzadas de técnica forense digital en el disco duro, metadatos, registros de sistema y redes en busca de alguna evidencia de copias de seguridad y difusión de archivos y no hemos encontrado nada. O bien quería esas grabaciones para uso personal o para extorsionar a la señorita Forling más adelante, pero ni se han compartido, ni se han hecho copias.

—¿Está segura? —interrumpo.

—Totalmente segura, los datos son claros y esa mujer ni siquiera utiliza contraseñas ni sistemas de cifrado militar en sus archivos —explica, como si fuese lo más natural del mundo hacer ese tipo de cosas.

***

—Tengo una oferta de trabajo —susurra Anna con nerviosismo una vez que Trey, la detective y la hacker abandonan la casa y damos cuenta de una segunda botella de vino para celebrarlo.

—¿Y eso?

—¿Te acuerdas de Natasha? ¿La de la escuela de fútbol para niñas? Quiere que forme parte de ella, le pondría mi nombre junto al suyo.

—Eso es… eso es fantástico. Aquel día disfrutaste mucho enseñando a las niñas —le recuerdo, acariciando su pelo mientras ella se acurruca en mi pecho.

—No es fútbol profesional, pero… no sé, quizá estaría bien devolver algo de lo que ese deporte me ha dado, ¿no crees? —admite, retirando la parte de arriba de mi sujetador para besarme cerca del pezón—. Pero, por favor, no me pidas que abra una tercera botella de vino para celebrarlo —añade.

Capítulo 21

Iris

El rugido del público se hace ensordecedor cuando Anna salta al terreno de juego, su cola de caballo ondea tras ella como si fuese un estandarte de guerra dorado.

—Buah, tu chica está que se sale —grita Arya cuando Anna se acerca a la portería rival y está a punto de marcar el gol que supondría no solo la remontada, sino también ganar la liga para su equipo.

Y Arya tiene razón. No entiendo nada de fútbol, pero Anna está jugando como nunca, llena de pasión, como si quisiera demostrarse a sí misma y al resto del mundo que su carrera está muy lejos de acabarse. Es difícil creer que hace relativamente poco tiempo su futuro como futbolista pendía de un hilo.

El balón se eleva en el aire y Anna salta hacia atrás, con la pierna derecha extendida, realizando una chilena perfecta que recuerda al gol que consiguió en aquella Copa del mundo. El tiempo parece ralentizarse, todo ocurre a cámara lenta. La portera extiende los brazos y la pelota se cuela entre sus manos, entrando en la portería.

El estadio estalla de alegría.

El público canta su nombre.

Y yo me pongo a llorar como una tonta.

—Sí, joder, sí. ¡Eres la puta ama, Anna Forling! —chilla Arya, levantándose del asiento y abrazándose a mí para menear mi cuerpo como si quisiese marearme—. ¿Y esas lagrimitas, doctora Ramírez? —bromea al ver que estoy llorando.

—Es que no me puedo creer lo bien que ha salido todo —admito, desviando la mirada y secando con la palma de la mano las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Suena el silbato y el público se vuelve loco.

—¡Han ganado la liga, joder! Todo gracias a tu chica —chilla Arya, que se ha aficionado en estos últimos meses al fútbol femenino, aunque no estoy segura de que sea solo por el deporte en sí.

Estoy a punto de responder cuando observo que Anna viene corriendo hacia donde estamos sentadas. Me hace una seña para que me acerque y se me corta la respiración cuando salta la barrera y me clava la mirada.

—Anna, ¿qué haces…?

Me silencia con un largo beso que consigue que me olvide de donde estamos mientras seco el sudor de su cuello con las manos.

—Nos está enfocando una cámara de televisión —siseo, separándome ligeramente de ella.

—Bien, que vean lo mucho que quiero a mi chica —responde, acercándome a ella para besarme de nuevo.

—Uy… creo que en la rueda de prensa le van a preguntar de todo menos por el gol —bromea Arya muerta de risa.

Ni siquiera la escucho, solo tengo ojos para Anna, que es prácticamente arrastrada por sus compañeras de equipo en una alegría contagiosa. Pero, incluso mientras lo celebra, sus ojos buscan los míos entre la multitud y cada una de sus miradas es una promesa de lo que está

por venir.

Conectamos con la rueda de prensa a través de nuestro teléfono justo cuando está empezando. Anna se sienta a la mesa junto al entrenador y otra jugadora, las mejillas todavía sonrojadas por el esfuerzo y sus ojos brillando de alegría.

Las preguntas no se hacen esperar.

—Anna, todos te daban por acabada y hoy has hecho un partido increíble, como en tus mejores tiempos. ¿Qué se siente al regresar a tu edad de una lesión tan larga y llevar a tu equipo a la victoria? —pregunta un periodista que podría haberse ahorrado cualquier comentario sobre su edad o el final de su carrera.

Por suerte, Anna no se lo toma demasiado mal, o al menos, lo disimula muy bien.

—Ha sido increíble —reconoce con una sonrisa de oreja a oreja—. No voy a mentir, hubo momentos en los que no estaba segura de si podría volver a jugar al fútbol como profesional. Pero tuve un sistema de apoyo increíble y la mejor atención médica que se puede pedir.

—Hablando de apoyo —se apresura a preguntar otro periodista —. ¿Podrías contar algo de la mujer a la que besaste en la grada al terminar el partido?

—Se veía venir —susurra Arya, pegándome un codazo en las costillas—. Ahora vas a ser famosa.

—¡Cállate, joder, Arya! —me quejo, tratando de escuchar las explicaciones de Anna.

—Esa mujer es la responsable de que me haya recuperado a la perfección y hoy pueda estar frente a vosotros en esta rueda de prensa. Responsable tanto de la parte médica, ya que fue ella quien operó mi rodilla, como de todo lo demás. Durante mi larga lesión ha pasado de ser mi doctora, a ser mi mayor apoyo, mi mejor amiga y mi novia. No podría haberlo logrado sin ella, de eso estoy segura.

La sala se llena de preguntas, los periodistas levantan la mano nerviosos, pero apenas lo escucho. Siento que me arde la cara y mi corazón late con tanta fuerza que, a ratos, agradezco que Arya esté a mi lado por si me da un infarto.

—¿Estás bien, capulla? —pregunta extrañada.

—Sí, solo emocionada —confieso entre sollozos.

—¿Necesitas un abracito?

—Vete a por una cerveza, anda —protesto, señalando con la barbilla en dirección a la barra del bar.

Cuando regresa con un par de cervezas y se sienta a mi lado, las preguntas incómodas de la rueda de prensa ya han cesado y los periodistas se concentran en datos más técnicos del partido, cosa que me deja más tranquila.

—¿Qué plan tenéis para esta noche, tortolitas? ¿Noche loca de celebración con todo el equipo de fútbol? ¿Puedo ir? —pregunta Arya, abriendo sus grandes ojos.

—Vamos a celebrar, pero solo nosotras dos. Después de todo lo que hemos pasado durante estos meses, creo que nos lo merecemos.

—¿Y crees que podré ir a la fiesta con el resto del equipo y sin vosotras? —me interrumpe.

Justo cuando voy a responder, suena mi teléfono móvil, anunciando un mensaje de Anna.

Anna: ¿Me ducho y nos vemos en media hora? Tengo ganas de celebrarlo como es debido. Seguido de un Emoji con un beso, dos de un corazón y tres de fuego.

Yo: No hace falta ni que te duches, puedo ayudarte yo cuando lleguemos a casa. Seguido de un guiño de ojo y dos emojis de fuego.

Mientras meto de nuevo el teléfono en el bolsillo, observo que Arya me mira con una expresión extraña.

—¿Qué pasa? —inquiero, casi esperando que diga cualquier tontería o comentario irónico sobre lo enamorada que estoy.

En cambio, me devuelve una sonrisa preciosa, sincera.

—No es nada, es que… me encanta verte así de feliz. Te lo mereces. ¿Te acuerdas hace poco más de un año, cuando Katya nos pidió que fuésemos las damas de honor en su boda con Nicole?

—Sí, en la casa de sus padres en los Hamptons.

—Respondiste que ojalá tú también pudieses tener tu día especial, que a ese paso te acabarías casando con la medicina… y ahora… aquí estás —añade, acariciando mi brazo derecho y dibujando en los labios una orgullosa sonrisa.

—Aquí estoy… quién me lo iba a decir —suspiro.

***

Esa noche, el restaurante que Anna ha elegido para cenar está lleno, pero el resplandor de las velas sobre la mesa crea un ambiente íntimo a pesar de la multitud.

—¿Te ha gustado el partido? —pregunta, cogiendo mi mano y apretándola ligeramente.

—Mucho, pero debo admitir que lo de meter un gol de chilena y la acrobacia que hiciste a continuación para celebrarlo… casi me provocan un infarto. Temí por tu rodilla y…

—Mi rodilla está perfecta, deja de preocuparte, doctora Ramírez —interrumpe, llevándose mi mano a los labios para besarme los nudillos—. Aunque lo mejor del partido fue tu cara de susto cuando te diste cuenta de que nos estaban grabando mientras te besaba —bromea.

—Eres idiota. No me acordaba de las cámaras de televisión.

—Estás tan guapa que tengo que contenerme para que no nos echen del restaurante —susurra, consiguiendo que me tiemblen las rodillas.

De pronto, su rostro se vuelve muy serio, muerde nerviosa su labio inferior.

—He aceptado la oferta de Natasha, la de formar parte de su academia de fútbol. Tendremos el negocio a medias y formaremos a la siguiente generación de jugadoras —anuncia con orgullo.

—Joder, Anna, eso es… eso es increíble. Esas niñas van a tener mucha suerte de tenerte como entrenadora.

—Pensé que cuando yo tenía su edad me hubiese encantado poder aprender de alguien como yo, así que… ya ves… ahora soy una empresaria —bromea.

—Me alegro mucho.

Anna agacha la cabeza nerviosa y se sonroja.

—Gracias, estoy muy contenta, pero hay algo más… —titubea, haciendo una pausa.

—¿Algo más?

Espero ansiosa mientras la pausa se alarga más de lo normal y Anna retuerce nerviosa la servilleta.

—He estado pensando mucho en … en el futuro. En lo que quiero —admite, dejando escapar una gran cantidad de aire—. Quiero ser madre, Iris. Pronto —reconoce.

—Joder —suspiro—. ¿Dejas definitivamente el fútbol profesional?

Anna levanta la cabeza y abre mucho los ojos al escucharme.

—¿Qué? No, ni loca, pronto significa cuando termine el Mundial del año que viene. De momento me tendrás que aguantar con mis entrenamientos y partidos y con los viajes. Y

tras ser madre, me gustaría jugar mientras el cuerpo aguante, me siento con mucha energía.

—Vale, pues vamos a tener que hacer muchos cambios si quieres compaginar una academia de fútbol, tu carrera como futbolista profesional y ser madre. Ambiciosa como siempre, Forling.

—¿Tenemos?

Mi corazón se acelera al darme cuenta de lo que he dicho. No hemos hecho nunca planes a largo plazo, ni siquiera lo hemos hablado, bastante duro fue sobrevivir a nuestros problemas. Pero, observándola frente a mí, sé con una certeza absoluta que no hay ninguna otra mujer con la que me gustaría compartir el resto de mi vida.

—Claro, tenemos… nosotras —admito en voz baja—. Es decir, si tú quieres…

—Iris, por supuesto que quiero yo…

Se inclina sobre la silla para buscar algo en el bolso y continúa la frase, pero no escucho lo que dice, estoy demasiado ocupada sacando la cajita de terciopelo negro que llevo guardando semanas para este día.

Y, a continuación, las dos nos quedamos paralizadas, nuestras miradas fijas en los anillos que cada una sostiene entre sus manos.

—Somos idiotas. No me lo puedo creer —se asombra Anna, llevándose una mano a la frente.

No podemos evitar echarnos a reír.

—Supongo que las grandes mentes piensan igual, pero un poco idiotas sí que somos, aunque yo llevo preparando esto varias semanas —admito divertida.

—Cállate, tonta. Yo saqué el anillo primero, así que me toca a mí. Iris Ramírez, me has salvado la carrera, la pierna y el corazón. ¿Quieres casarte conmigo? —propone y mi corazón se salta varios latidos.

—Claro que sí —sollozo.

—Pero no llores, que se van a pensar que te he dicho algo malo.

—No puedo evitarlo —reconozco, secándome las lágrimas con la manga de la blusa y extendiendo la mano para que me coloque el anillo.

A continuación, soy yo la que coloca mi anillo en su dedo, aunque la vergüenza que paso cuando todo el restaurante se empieza a dar cuenta de lo que ocurre y se levantan a aplaudir es algo que no olvidaré jamás.

—¿Qué te parece si nos vamos a casa y lo celebramos en privado? —propone, extendiendo su mano para coger la mía y abandonar el local.

Mientras conducimos de vuelta a casa, con las luces de la ciudad desdibujándose en el cristal del coche, nuestros dedos se entrelazan y siento, por primera vez, la presión de su anillo en mi mano como una promesa del futuro que está por venir.

Habrá retos, alegrías compartidas, una familia que construir a su lado. Viajes, entrenamientos, dos carreras profesionales que compaginar. Pero con cada obstáculo superado, con cada meta alcanzada, con cada sueño hecho realidad, nuestro vínculo se hará más fuerte. No buscamos un cuento de hadas, sino una historia real: dos mujeres trabajando juntas, creciendo juntas, eligiéndose cada día. Y en ese esfuerzo diario, en esa elección constante, encontraremos nuestra verdadera felicidad.

Otros libros de la autora

Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi página de Amazon.

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes: (Y por favor, no te olvides de dejar una reseña en Amazon o en Goodreads. No te lleva tiempo y ayuda a que otras personas puedan encontrar mis libros).

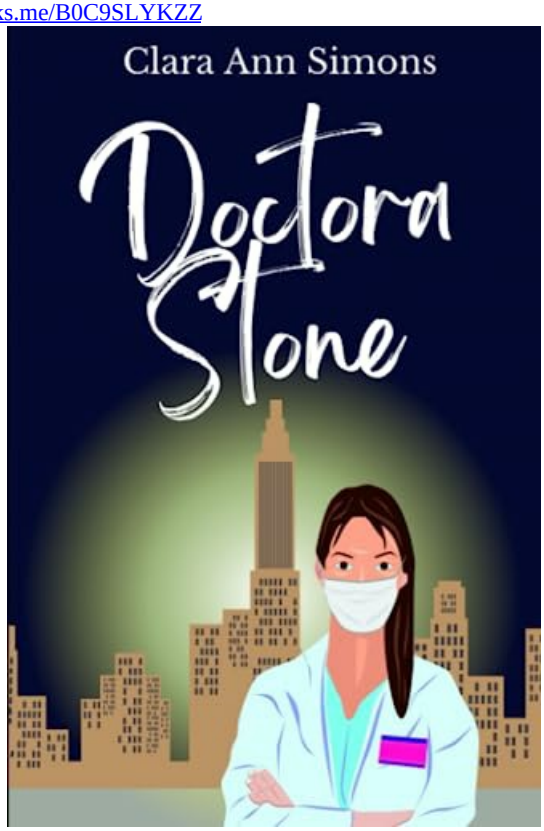
Trilogía Hospital Watson Memorial

Pueden leerse de manera independiente ya que cada libro sigue a una pareja distinta. Comparten algunos de los protagonistas y el hospital con el libro que acabas de leer.

“Doctora Stone”

Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3Y7R7MF

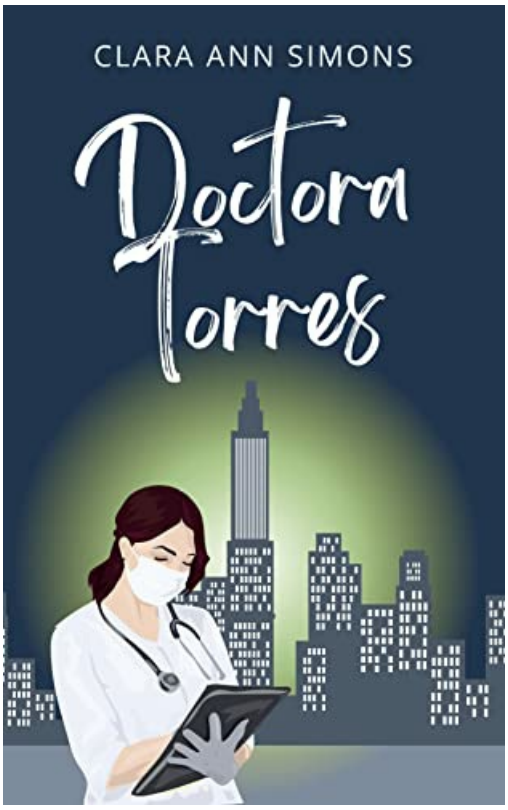
Versión en papel https://relinks.me/B0C9SLYKZZ



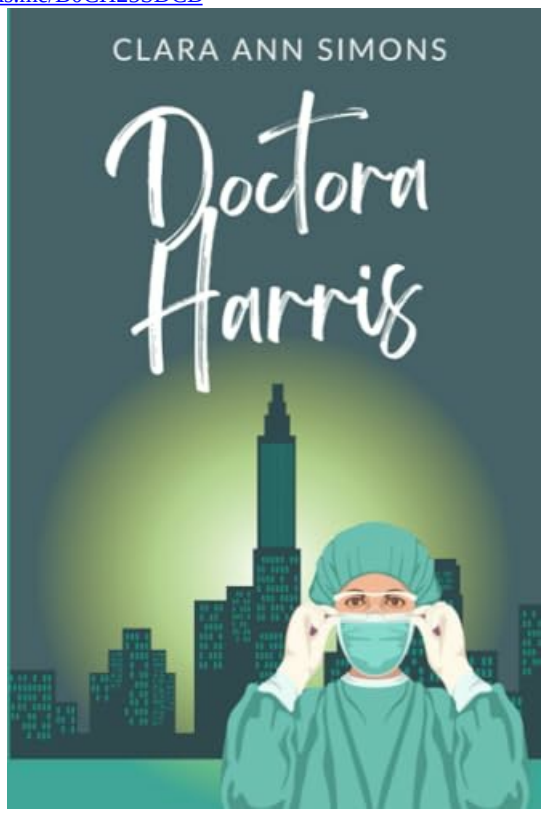
“Doctora Torres”

Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3Y7BY1P

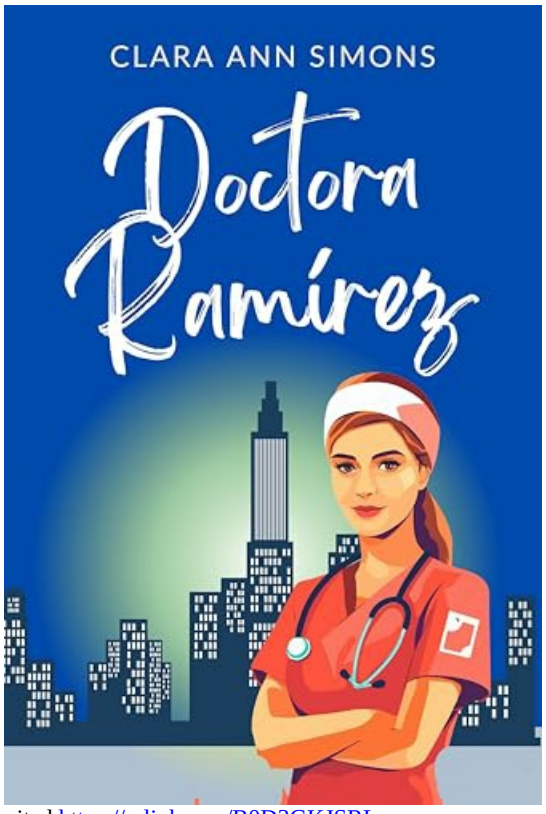
Versión en papel: https://relinks.me/B0CF48S7MN



“Doctora Harris”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3Y72YY7
Versión en papel https://relinks.me/B0CH25SDCD

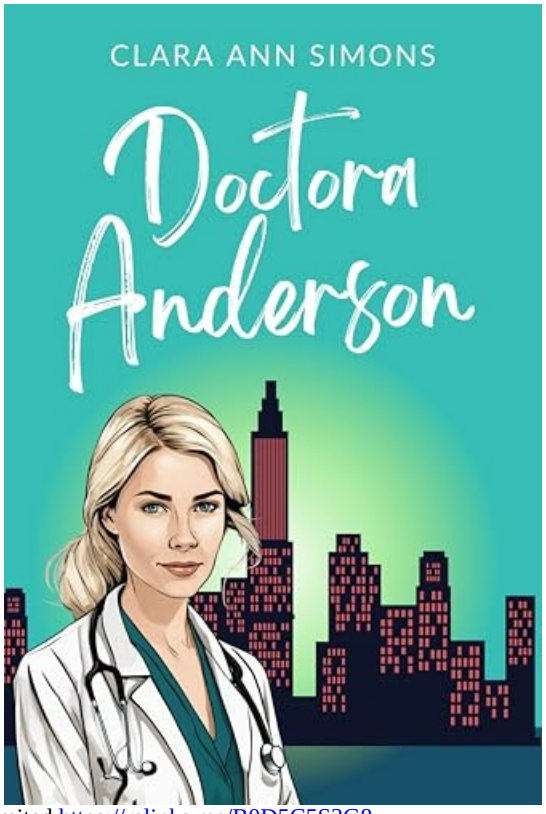


Doctora Ramírez



Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0D3GKJSRL

Doctora Anderson



Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0D5C5S3G8

***

Bajo una estrella fugaz
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0CPQY6XMM
Versión en papel https://relinks.me/B0CPTCVNGC



“Las cartas perdidas de Sara Nelson”
Versión Kindle y Kindle Unlimited relinks.me/B0CKL9LJW4
Versión en papel https://relinks.me/B0CKL9LJW4

